

El mágico prodigioso

**Pedro Calderón
de la Barca**



Advertencia de Luarna Ediciones

Este es un libro de dominio público en tanto que los derechos de autor, según la legislación española han caducado.

Luarna lo presenta aquí como un obsequio a sus clientes, dejando claro que:

- 1) La edición no está supervisada por nuestro departamento editorial, de forma que no nos responsabilizamos de la fidelidad del contenido del mismo.
- 2) Luarna sólo ha adaptado la obra para que pueda ser fácilmente visible en los habituales readers de seis pulgadas.
- 3) A todos los efectos no debe considerarse como un libro editado por Luarna.

www.luarna.com

EL MÁGICO PRODIGIOSO

Personas que hablan en ella:

- **CIPRIANO**
- **DEMONIO**
- **FLORO**
- **LELIO**
- **MOSCÓN, criado**
- **CLARÍN, criado**
- **EL GOBERNADOR de Antioquía**
- **LISANDRO, viejo**
- **JUSTINA**
- **LIVIA, criada**
- **FABIO**

PRIMERA JORNADA

Salen CIPRIANO, vestido de estudiante, y

CLARÍN y MOSCÓN, de gorriones, con unos libros

CIPRIANO: En la amena soledad de aquesta apacible estancia, bellissimo laberinto de flores, rosas y plantas, podéis dejarme, dejando conmigo--que ellos me bastan por compañía--los libros que os mandé sacar de casa; que yo, en tanto que Antioquía celebra con fiestas tantas la fábrica de ese templo que hoy a Júpiter consagra, y su traslación, llevando públicamente su estatua adonde con más decoro y honor esté colocada, huyendo del gran bullicio que hay en sus calles y plazas, pasar estudiando quiero la edad que al día le falta.

Idos los dos a Antioquía, gozad de sus fiestas varias, y volved por mí a este sitio cuando el sol cayendo vaya a sepultarse en las ondas, que entre oscuras nubes pardas al gran cadáver de oro son monumentos de plata.

Aquí me hallaréis.

MOSCÓN: No, puedo, aunque tengo mucha gana de ver las fiestas, dejar de decir, antes que

vaya a verlas, señor, siquiera cuatro o cinco mil palabras. ¿Es posible que en un día de tanto gusto, de tanta festividad y contento, con cuatro libros te salgas al campo solo, volviendo a su aplauso las espaldas?

CLARÍN: Hace mi señor muy bien; que no hay cosa más cansada que un día de procesión entre cofadres y danzas.

MOSCÓN: En fin, Clarín, y en principio, viviendo con arte y maña, eres un temporalazo lisonjero, pues alabas lo que hace, y nunca dices lo que sientes.

CLARÍN: Tú te engañas, que es el mentís más cortés que se dice cara a cara; que yo digo lo que siento.

CIPRIANO: Ya basta, Moscón; ya basta,

Clarín. Que siempre los dos habéis con vuestra ignorancia de estar porfiando, y tomando uno de otro la contraria.

Idos de aquí, y, como digo, volved aquí cuando caiga la noche, envolviendo en sombras esta fábrica gallarda del universo.

MOSCÓN: ¿Qué va, que, aunque defendido
hayas que es bueno no ver las fiestas, que vas a
verlas?

CLARÍN: Es clara consecuencia. Nadie hace
lo que aconseja que hagan los otros.

MOSCÓN: (Por ver a Livia, **Aparte** ves-
tirme quisiera de alas.)

Vase MOSCÓN

CLARÍN: (Aunque, si digo verdad,
Aparte

Livia es la que me arrebató los sentidos.
Pues ya tienes más de la mitad andada del camino,
llega, Livia, al "na," y sé, Livia, liviana.)

Vase CLARÍN

CIPRIANO: Ya estoy solo, ya podré, si tanto mi
ingenio alcanza, estudiar esta cuestión que me trae
suspensa el alma desde que en Plinio leí con misteriosas
palabras la definición de Dios.

Porque mi ingenio no halla este Dios en
quien convengan misterios ni señas tantas, esta
verdad escondida he de apurar.

Pónese a leer. Sale el DEMONIO, de

galán, y lee CIPRIANO

DEMONIO: (Aunque hagas **Aparte** más discursos, Cipriano, no has de llegar a alcanzarla, que yo te la esconderé.)

CIPRIANO: Ruido siento en estas ramas.
¿Quién va? ¿Quién es?

DEMONIO: Caballero, un forastero es, que anda en este monte perdido desde toda esta mañana, tanto que, rendido ya el caballo, en la esmeralda que es tapete de estos montes a un tiempo pace y descansa.

A Antioquía es el camino a negocios de importancia; y apartándome de toda la gente que me acompaña, divertido en mis cuidados, caudal que a ninguno falta, perdí el camino y perdí criados y camaradas.

CIPRIANO: Mucho me espanto de que tan a vista de las altas torres de Antioquía, así perdido andéis. No hay, de cuantas veredas a aqueste monte o le línean o le pautan, una que a dar en sus muros, como en su centro, no vaya. por cualquiera que toméis vais bien.

DEMONIO: Ésa es la ignorancia: a la vista de las ciencias, no saber aprovecharlas.

Y supuesto que no es bien que entre yo en ciudad extraña, donde no soy conocido, solo y preguntando, hasta que la noche venza al día, aquí estaré lo que falta; que en el traje y en los libros que os divierten y acompañan juzgo que debéis de ser grande estudiante, y el alma esta inclinación me lleva de los que en estudios tratan.

Siéntase

CIPRIANO: ¿Habéis estudiado?

DEMONIO: No; pero sé lo que me basta para no ser ignorante.

CIPRIANO: Pues ¿qué ciencia sabéis?

DEMONIO: Hartas.

CIPRIANO: Aun estudiándose una mucho tiempo no se alcanza, ¿y vos--¡grande vanidad!--sin estudiar sabéis tantas?

DEMONIO: Sí, que de una patria soy donde las ciencias más altas sin estudiarse se saben.

CIPRIANO: ¡Oh, quién fuera de esa patria!

Que acá mientras más se estudia, más se ignora.

DEMONIO: Verdad tanta es ésta que sin estudios tuve tan grande arrogancia que a la cátedra de prima me opuse, y pensé llevarla, porque tuve muchos votos; y, aunque la perdí, me basta haberlo intentado; que hay pérdidas con alabanza.

Si no lo queréis creer, decid qué estudiáis, y vaya de argumento; que aunque no sé la opinión que os agrada, y ella sea la segura, yo tomaré la contraria.

CIPRIANO: Mucho me huelgo de que a eso vuestro ingenio salga.

Un lugar de Plinio es el que me trae con mil ansias de entenderle, por saber quién es el dios de quien habla.

DEMONIO: Ése es un lugar que dice

--bien me acuerdo--estas palabras,

"Díos es una bondad suma, una esencia, una sustancia; todo vista y todo manos."

CIPRIANO: Es verdad.

DEMONIO: ¿Qué repugnancia halláis en esto?

CIPRIANO: No hallar el dios de quien Plinio trata; que si ha de ser bondad suma, aun a Júpiter le falta suma bondad, pues le vemos que es pecaminoso en tantas ocasiones: Dánae hable rendida, Europa robada.

Pues ¿cómo en suma bondad, cuyas acciones sagradas habían de ser divinas, caben pasiones humanas?

DEMONIO: Ésas son falsas historias en que las letras profanas con los nombres de los dioses entendieron disfrazada la moral filosofía.

CIPRIANO: Esa respuesta no basta, pues el decoro de Dios debiera ser tal, que osadas no llegaran a su nombre las culpas, aun siendo falsas; y apurando más el caso, si suma bondad se llaman los dioses, siempre es forzoso que a querer lo mejor vayan; pues ¿cómo unos quieren uno, y otros otro? Esto se halla en las dudosas respuestas que suelen dar sus estatuas.

Porque no digáis después que alegué letras profanas...

A dos ejércitos, dos ídolos una batalla aseguraron, y el uno la perdió: ¿no es cosa clara la

consecuencia de que dos voluntades contrarias no pueden a un mismo fin ir?

Luego, yendo encontradas, es fuerza, si la una es buena, que la otra ha de ser mala.

Mala voluntad en Dios implica el imaginarla; luego no hay suma bondad en ellos, si unión les falta.

DEMONIO: Niego la mayor porqué aquesas respuestas, dadas así, convienen a fines que nuestro ingenio no alcanza, que es la providencia; y más debió importar la batalla al que la perdió el perderla, que al que la ganó el ganarla.

CIPRIANO: Concedo; pero debiera aquel dios, pues que no engañan los dioses, no asegurar la victoria; que bastaba la pérdida permitirla allí, sin asegurarla.

Luego, si Dios todo es vista, cualquiera dios viera clara y distintamente el fin; y al verle, no asegurara el que no había de ser; luego, aunque sea deidad tanta, distinta en personas, debe en la menor circunstancia ser una sola en esencia.

DEMONIO: Importó para esa causa mover así los afectos con su voz.

CIPRIANO: Cuando importara el moverlos, genios hay, que buenos y malos llaman todos los doctos, que son unos espíritus que andan entre nosotros, dictando las obras buenas y malas, argumento que asegura la inmortalidad del alma; y bien pudiera ese dios, con ellos, sin que llegara a mostrar que mentir sabe, mover afectos.

DEMONIO: Repara en que esas contrariedades no implican al ser las sacras deidades una, supuesto que en las cosas de importancia nunca disonaron. Bien en la fábrica gallarda del hombre se ve, pues fue sólo un concepto al obrarla.

CIPRIANO: Luego, si ése fue uno solo, ése tiene más ventaja a los otros; y si son iguales, puesto que hallas que se pueden oponer

--ésta no puedes negarla-- en algo, al hacer el hombre, cuando el uno lo intentara, pudiera decir el otro,

"No quiero yo que se haga."

Luego, si Dios todo es manos, cuando el uno le criara, el otro le deshiciera, pues eran manos entrambas iguales en el poder, desiguales en la instancia. ¿Quién venciera de estos dos?

DEMONIO: Sobre imposibles y falsas proposiciones no hay argumento. Di, ¿qué sacas de eso?

CIPRIANO: Pensar que hay un Dios, suma bondad, suma gracia, todo vista, todo manos, infalible, que no engaña, superior, que no compite,

Dios a quien ninguno iguala, un principio sin principio, una esencia, una sustancia, un poder y un querer solo; y cuando como éste haya una, dos o más personas, una deidad soberana ha de ser sola en esencia, causa de todas las causas.

DEMONIO: ¿Cómo te puedo negar una evidencia tan clara?

Levántase

CIPRIANO: ¿Tanto lo sentís?

DEMONIO: ¿Quién deja de sentir que otro le haga competencia en el ingenio?

Y aunque responder no falta, dejo de hacerlo, porqué gente en este monte anda, y es hora de que prosiga a la ciudad mi jornada.

CIPRIANO: Id en paz.

DEMONIO: Quedad en paz.

(Pues tanto tu estudio alcanza, **Aparte** yo haré que el estudio olvides, suspendido en una rareza. Pues tengo licencia de perseguir con mi rabia a Justina, sacaré de un efecto dos venganzas.)

Vase el DEMONIO

CIPRIANO: No vi hombre tan notable.

Mas pues mis criados tardan, volver a reparar quiero de tanta duda la causa.

Salen LELIO y FLORO

LELIO: No pasemos adelante; que estas peñas, estas ramas tan intrincadas que al mismo sol le defienden la entrada, sólo pueden ser testigos de nuestro duelo.

FLORO: La espada sacad; que aquí son las obras, si allá fueron las palabras.

LELIO: Ya sé que en el campo muda la lengua de acero habla de esta suerte.

Riñen

CIPRIANO: ¿Qué es aquesto?

Lelio, tente; Floro, aparta; que basta que esté yo en medio, aunque esté en medio sin armas.

LELIO: ¿De dónde, di, Cipriano, a embarazar mi venganza has salido?

FLORO: ¿Eres aborto de estos troncos y estas ramas?

Salen MOSCÓN y CLARÍN

MOSCÓN: Corre, que con mi señor han sido las cuchilladas.

CLARÍN: Para acercarme a esas cosas no suelo yo correr nada; mas para apartarme, sí.

LOS DOS: Señor...

CIPRIANO: No habléis más palabra.

Pues ¿qué es esto? Dos amigos que por su sangre y su fama hoy son de toda Antioquía los ojos y la esperanza, uno del gobernador hijo, y otro de la clara familia de los Colaltos, ¿así aventuran y arrastran dos vidas que pueden ser de tanto honor a su patria?

LELIO: Cipriano, aunque el respeto que debo por muchas causas a tu persona, este instante tiene suspensa mi espada, no la tienes reducida a la quietud de la vaina.

Tú sabes de ciencias más que de duelos, y no alcanzas que a dos nobles en el campo no hay respeto que les haga amigos, pues sólo es medio morir uno en la demanda.

FLORO: Lo mismo te digo, y ruego que con tu gente te vayas, pues que riñendo nos dejas sin traición y sin ventaja.

CIPRIANO: Aunque os parece que ignoro por mi profesión las varias leyes del duelo que estudia el valor y la arrogancia, os engañáis; que nací con obligaciones tantas como los dos, a saber qué es honor y qué es infamia; y no el darme a los estudios mis alientos acobarda; que muchas veces se dieron las manos letras y armas.

Si el haber salido al campo es del reñir circunstancia, con haber reñido ya esa calumnia se salva; y así, bien podéis decir de esta pendencia la causa; que yo, si, habiéndola oído, reconociere al contarla que alguno de los dos tiene algo que se satisfaga, de dejaros a los dos solos, os doy la palabra.

LELIO: Pues con esa condición de que, en sabiendo la causa, nos has de dejar reñir, yo me prefiero a contarla.

Yo quiero a una dama bien, y Floro quiere a esta dama. ¡Mira tú cómo podrás convenirnos, pues no hay traza con que dos nobles celosos den a partido sus ansias!

FLOORO: Yo quiero a esta dama, y quiero que no se atreva a mirarla ni aun el sol; y pues no hay medio aquí, y que la palabra nos has dado de dejarnos reñir, a un lado te aparta.

CIPRIANO: Esperad, que hay que saber más. ¿Es esta dama dama a la esperanza posible, o imposible a la esperanza?

LELIO: Tan principal es, tan noble, que si el sol celos causara a Floro, aun de él no podrá tenerlos con justa causa, porque presumo que el sol aun no se atreve a mirarla.

CIPRIANO: ¿Casáste tú con ella?

FLOORO: Ahí está mi confianza.

CIPRIANO: ¿Y tú?

LELIO: ¡Plugiera a los cielos que a tanta dicha llegara!

Que aunque es en extremo pobre, la virtud por dote basta.

CIPRIANO: Pues si a casaros con ella aspiráis los dos, ¿no es vana acción, culpable y indigna, querer antes disfamarla? ¿Qué dirá el mundo, si alguno de los dos con ella casa después de haber muerto al otro por ella? Que aunque no haya ocasión para decirlo, decirlo sin ella basta.

No digo yo que os sufráis el servirla y festejarla a un tiempo, porque no quiero que de mí partido salga tan cobarde; que el galán que de sus celos pasara primero la contingencia, pasará después la infamia; pero digo que sepáis de cuál de los dos se agrada, y luego...

LELIO: Detente, espera; que es acción cobarde y baja ir a que la dama diga a quién escoge la dama.

Pues ha de escogerme a mí o a Floro; si a mí, me agrava más el empeño en que estoy, pues es otro empeño que haya quien quiera a la que me quiere.

Si a Floro escoge, la saña de que a otro quiera quien quiero es mayor: luego excusada acción es que ella lo diga, pues con cualquier circunstancia hemos en apelación de volver a las espadas: el querido por su honor, y el otro por su venganza.

FLOORO: Confieso que esa opinión recibida es y asentada, mas con las damas de amores, que elegir y dejar tratan; y así hoy pedírsela intento a su padre. Y pues me basta, habiendo al campo salido, haber sacado la espada, mayormente cuando hay quien el reñir embaraza, con satisfacción bastante la vuelvo, Lelio, a la vaina.

LELIO: En parte me ha convencido tu razón; y aunque apurarla pudiera, más quiero hacerme de su parte, o cierta o falsa.

Hoy la pediré a su padre.

CIPRIANO: Supuesto que aquesta dama en que los dos la sirváis ella no aventura nada, pues que confesáis los dos su virtud y su constancia, decidme quién es; que yo, pues que tengo mano tanta en la ciudad, por los dos quiero preferirme a hablarla, para que esté prevenida cuando a eso su padre vaya.

LELIO: Dices bien.

CIPRIANO: ¿Quién es?

FLOORO: Justina, de Lisandro hija.

CIPRIANO: Al nombrarla he conocido cuán pocas fueron vuestras alabanzas; que es virtuosa y es noble.

Luego voy a visitarla.

FLOORO: El cielo en mi favor mueva su condición siempre ingrata.

Vase FLOORO

LELIO: Corone amor, al nombrarme, de laurel mis esperanzas.

Vase LELIO

CIPRIANO: ¡Oh, quiera el cielo que estorbe escándalos y desgracias!

Vase CIPRIANO

MOSCÓN: ¿Ha oído vuesa merced que nuestro amo va a la casa de Justina?

CLARÍN: Sí, señor. ¿Qué hay, que vaya o que no vaya?

MOSCÓN: Hay que no tiene que hacer allá usarced.

CLARÍN: ¿Por qué causa?

MOSCÓN: Porque yo por Livia muero, que es de Justina criada, y no quiero que se atreva ni el mismo sol a mirarla.

CLARÍN: Basta, que no he de reñir en ningún tiempo por dama que ha de ser esposa mía.

MOSCÓN: Aquesa opinión me agrada, y así es bien que diga ella quién la obliga o quién la cansa.

Vámonos allá los dos, y escoja.

CLARÍN: De buena gana, aunque ha de escogerte temo.

MOSCÓN: ¿Ya tienes de eso confianza?

CLARÍN: Sí, que escogen lo peor siempre las Livias ingratas.

Vanse MOSCÓN y CLARÍN. Salen JUSTINA y LISANDRO

JUSTINA: No me puedo consolar de haber hoy visto, señor, el torpe, el común error con que todo ese lugar templo consagra y altar a una imagen que no pudo ser deidad; pues que no dudo que al fin, si algún testimonio da de serlo, es el demonio, que da aliento a un bronce mudo.

LISANDRO: No fueras, bella Justina, quien eres, si no lloraras, sintieras y lamentaras esa tragedia, esa ruina que la religión divina de Cristo padece hoy.

JUSTINA: Es cierto, pues al fin soy hija tuya, y no lo fuera si llorando no estuviera ansias que mirando estoy.

LISANDRO: ¡Ay, Justina! No ha nacido de ser tú mi hija, no, que no soy tan feliz yo.

Mas--¡ay Dios!--¿cómo he rompido secreto tan escondido?

Afecto del alma fue.

JUSTINA: ¿Qué dices, señor?

LISANDRO: No sé.

Confuso estoy y turbado.

JUSTINA: Muchas veces te he escuchado lo que ahora te escuché, y nunca quise, señor, a costa de un sufrimiento, apurar tu sentimiento ni examinar mi dolor; pero viendo que es error que de entender-te no acabe, aunque sea culpa grave, que partas, señor, te pido tu secreto con mi oído, ya que en tu pecho no cabe.

LISANDRO: Justina, de un gran secreto el efeto te callé, la edad que tienes, porqué siempre he temido el efeto; mas viéndote ya sujeto capaz de ver y advertir, y viéndome a mí que, al ir con este báculo dando en la tierra, voy llamando a las puertas del morir, no te tengo de dejar con esta ignorancia, no, porque no cumpliera yo mi obligación con callar: y así, atiende a mi pesar tu placer.

JUSTINA: Conmigo lucha un temor.

LISANDRO: Mi pena es mucha, pero esto es ley y razón.

JUSTINA: Señor, de esta confusión me rescata.

LISANDRO: Pues escucha.

Yo soy, hermosa Justina,

Lisandro... No de que empiece desde mi nombre te admires; que aunque ya sabes que es éste, por lo que se sigue al nombre es justo que te le acuerde, pues de mí no sabes más que mi nombre solamente.

Lisandro soy, natural de aquella ciudad que en siete montes es hidra de piedra, pues siete ca-

bezas tiene; de aquella que es silla hoy del romano imperio--¡oh, llegue del cristiano a serlo, pues

Roma sólo lo merece!--.

En ella nací de humildes padres, si es que nombre adquieres de humildes los que dejaron tantas virtudes por bienes.

Cristianos nacieron ambos, venturosos descendientes de algunos que con su sangre rubricaron felizmente las fatigas de la vida con los triunfos de la muerte.

En la religión cristiana crecí industriado, de suerte que en su defensa daré la vida una y muchas veces.

Joven era, cuando a Roma llegó encubierto el prudente

Alejandro, papa nuestro, que la apostólica sede gobernaba, sin tener donde tenerla pudiese; que como la tiranía de los gentiles crueles su sed apaga con sangre de la que a mártires vierte, hoy la primitiva iglesia ocultos sus hijos tiene; no porque el morir rehusan, no porque el martirio temen, sino porque de una vez no acabe el rigor rebelde con

todos, y, destruida la iglesia, en ella no quede quien catequice al gentil, quien le predique y le enseñe.

A Roma, pues, Alejandro llegó; y yendo oculto a verle, recibí su bendición, y de su mano clemente todos los órdenes sacros, a cuya dignidad tiene envidia el ángel, pues sólo el hombre serlo merece.

Mandóme Alejandro, pues, que a Antioquía me partiese a predicar de secreto la ley de Cristo. Obediente, peregrinando a merced de tantas diversas gentes, a Antioquía vine; y cuando desde aquellos eminentes montes llegué a descubrir sus dorados chapiteles, el sol me faltó, y, llevando tras sí el día, por hacerme compañía, me dejó a que le sustituyesen las estrellas, como en prendas de que presto vendría a verme.

Con el sol perdí el camino, y, vagando tristemente en lo intrincado del monte, me hallé en un oculto albergue, donde los trémulos rayos de tanta antorcha viviente, aun no se dejaban ya ver, porque confusamente servían de nubes pardas las que fueron hojas verdes.

Aquí, dispuesto a esperar que otra vez el sol saliese, dando a la imaginación la jurisdicción

que tiene, con las soledades hice mil discursos diferentes.

De esta suerte, pues, estaba, cuando de un suspiro leve el eco mal informado la mitad al dueño vuelve.

Retruje al oído todos mis sentidos juntamente, y volví a oír más distinto aquel aliento y más débil, mudo idioma de los tristes, pues con él solo se entienden.

De mujer era el gemido, a cuyo aliento sucede la voz de un hombre, que a media voz decía de esta suerte,

"Primer mancha de la sangre más noble, a mis manos muere, antes que a morir a manos de infames verdugos llegues."

La infeliz mujer decía en medias razones breves,

"Duélete tú de tu sangre, ya que de mí no te dueles."

Llegar pretendí yo entonces a estorbar rigor tan fuerte; mas no pude, porque al punto las voces se desvanecen, y vi al hombre en un caballo, que entre los troncos se pierde.

Imán fue de mi piedad la voz, que ya balbuciente y desmayada decía, gimiendo y llorando a veces,

"Mártir muero, pues que muero por cristiana e inocente."

Y siguiendo de la voz el norte, en espacio breve llegué donde una mujer, que apenas dejaba verse, estaba a brazo partido luchando ya con la muerte.

Apenas me sintió cuando dijo, esforzándose, "Vuelve, sangriento homicida mío, ni aun este instante me dejes de vida." "No soy," le dije,

"sino quien acaso viene, quizá del cielo guiado, a valeros en tan fuerte ocasión." "Ya que imposible es," dijo, "el favor que ofrece vuestra piedad a mi vida, pues que por puntos fallece, lógrese en ese infelice en quien hoy el cielo quiere, naciendo de mi sepulcro, que mis desdichas herede."

Y espirando, vi...

Sale LIVIA

LIVIA: Señor, el mercader a quien debes aquel dinero a buscarte ahí con la justicia viene.

Que no estás en casa dije.

Por esotra puerta vete.

JUSTINA: ¡Cuánto siento que a estorbarte en aquesta ocasión llegue, que estaba a tu relación vida, alma y razón pendientes!

Mas vete ahora, señor. la justicia no te encuentre.

LISANDRO: ¡Ay de mí! ¡Qué de desaires la necesidad padece!

Vase LISANDRO

JUSTINA: Sin duda entran hasta aquí, porque siento ahí fuera gente.

LIVIA: No son ellos; Cipriano es.

JUSTINA: Pues ¿qué es lo que pretende
Cipriano aquí?

**Salen CIPRIANO, CLARÍN y
MOSCÓN**

CIPRIANO: Serviros, oh señora, solamente.

Viendo salir la justicia de vuestra casa, se atreve a entrar aquí mi amistad, por la que a Lisan-

dro debe, a sólo saber... (¡Turbado **Aparte** estoy!)... si acaso... (Qué fuerte **Aparte** hielo discutir mis venas!) en algo serviros puede mi deseo. (¡Qué mal dije! **Aparte**

Que no es hielo, fuego es éste.)

JUSTINA: Guárdeos el cielo mil años; que en mayores intereses habéis de honrar a mi padre con vuestros favores.

CIPRIANO: Siempre estaré para serviros.

(¿Qué me turba y enmudece?) **Aparte**

JUSTINA: Él ahora no está en casa.

CIPRIANO: Luego bien, señora, puede mi voz decir la ocasión que aquí me trae claramente; que no es la que habéis oído sola la que a entrar me mueve a veros.

JUSTINA: Pues ¿qué mandáis?

CIPRIANO: Que me oigáis. Yo seré breve.

Hermosísima Justina, en quien hoy ostenta ufana la naturaleza humana tantas señas de divina: vuestra quietud determina hallar mi deseo este día; pero ved que es tiranía, como el efeto lo muestra,

que os dé yo la quietud vuestra, y vos me quitéis la mía.

Lelio, de su amor movido...

(¡No vi amor más disculpado!) **Aparte**

...Floro, de su amor llevado...

(¡No vi error más permitido!) **Aparte**

...el uno y otro han querido por vos matarse los dos; por vos lo he estorbado--¡ay Dios!-- pero ved que es error fuerte que yo quite a otros la muerte para que me la deis vos.

Por excusar el que hubiera escándalo en el lugar, de su parte os vengo a hablar,

(¡oh nunca a hablaros viniera!) **Aparte**
porque vuestra elección fuera árbitro de sus recelos y juez de sus desvelos; pero ved que es gran rigor que yo componga su amor y vos dispongáis mis celos.

Hablaros, pues, ofrecí, señora, para que vos escogierais de los dos cuál queréis...(¡infeliz fui!)

Aparte que a vuestro padre...(¡ay de mí!)
Aparte os pida. A questo pretendo; pero ved... (¡yo

estoy muriendo!) **Aparte** que es injusto...(¡estoy temblando!) **Aparte**

...que esté por ellos hablando y que esté por mí sintiendo.

JUSTINA: De tal manera he extrañado vuestra vil proposición que el discurso y la razón en un punto me han faltado.

Ni a Floro ocasión he dado, ni a Lelio, para que así vos os atreváis aquí: y bien pudiéades vos escarmentar en los dos del rigor que vive en mí.

CIPRIANO: Si yo, por haber querido vos a alguno, pretendiera vuestro favor, mi amor fuera necio, infame y mal nacido.

Antes por haber vos sido firme roca a tantos mares, os quiero, y en los pesares no escarmiento de los dos; que yo no quiero que vos me queráis por ejemplares. ¿Qué diré a Lelio?

JUSTINA: Que crea los costosos desengaños de un amor de tantos años.

CIPRIANO: ¿Y a Floro?

JUSTINA: Que no me vea.

CIPRIANO: ¿Y a mí?

JUSTINA: Que osado no sea vuestro amor.

CIPRIANO: ¿Cómo, si es dios?

JUSTINA: ¿Será más dios para vos que para los dos lo ha sido?

CIPRIANO: Sí.

JUSTINA: Pues ya yo he respondido a Lelio, a Floro y a vos.

Vanse CIPRIANO y JUSTINA, cada uno por su puerta

CLARÍN: Señora Livia.

MOSCÓN: Señora

Livia.

CLARÍN: Aquí estamos los dos.

LIVIA: Pues ¿qué queréis vos? Y vos ¿qué queréis?

CLARÍN: Que usted ahora, por si por dicha lo ignora, sepa que bien la queremos.

Para matarnos nos vemos; pero atentos a no dar escándalo en el lugar, que uno escoja pretendemos.

LIVIA: Es tan grande el sentimiento de que así me hayáis hablado que mi dolor me ha dejado sin razón ni entendimiento. ¡Qué uno escoja! ¿Hay sufrimiento en lance tan importuno? ¡Uno yo! ¿Pues oportuno no es para tener--¡ay Dios!-- este ingenio a un tiempo dos? ¿Qué queréis que escoja uno?

CLARÍN: ¿Dos a un tiempo, cómo quieres? ¿No te embarazarán dos?

LIVIA: No, que de dos en dos los digerimos las mujeres.

MOSCÓN: ¿De qué suerte te prefieres a eso?

LIVIA: ¡Qué necia porfía!

Queriéndós la lealtad mía

MOSCÓN: ¿Cómo?

LIVIA: *Alternative.*

CLARÍN: Pues ¿qué es *alternative*?

LIVIA: Es querer a cada uno un día.

Vase LIVIA

MOSCÓN: Pues yo escojo este primero.

CLARÍN: Mayor será el de mañana; yo le doy de buena gana.

MOSCÓN: Livia, en fin, por quien yo muero, hoy me quiere y hoy la quiero.

Bien es que tal dicha goce.

CLARÍN: Oye usted, ya me conoce.

MOSCÓN: ¿Por qué lo dice? Concluya.

CLARÍN: Porque sepa que no es suya, en dando que den las doce.

Vanse MOSCÓN y CLARÍN. Salen FLORO: y LELIO, de noche, cada uno por su puerta

LELIO: (Apenas la escura noche **Aparte** extendió su manto negro cuando yo a adorar la esfera de aquestos umbrales vengo; que aunque hoy por Cipriano tengo suspenso el acero, no el afecto; que no pueden suspenderse los afectos.)

FLORO: (Aquí me ha de hallar el alba; **Aparte** que en otra parte violento estoy, porque, en fin, en otra estoy fuera de mi centro. ¡Quiera Amor que llegue el día y la respuesta que espero con Cipriano, tocando o la ventura o el riesgo!)

LELIO: (Ruido en aquella ventana
Aparte he sentido.)

FLOORO: (Ruido han hecho **Aparte** en
aquel balcón.)

Sale el DEMONIO al balcón

LELIO: (Un bulto **Aparte** sale de ella,
a lo que puedo distinguir.)

FLOORO: (Gente se asoma **Aparte** a
él, que entre sombras veo.)

DEMONIO: (Para las persecuciones
Aparte que hacer en Justina intento a disfamar
su virtud de esta manera me atrevo.)

Baja el DEMONIO por una escala

LELIO: (Mas ¡ay infeliz! ¡Qué miro!)
Aparte

FLOORO: (Pero ¡ay infeliz! ¡Qué veo!)
Aparte

LELIO: (El negro bulto se arroja
Aparte ya desde el balcón al suelo.)

FLOORO: (Un hombre es, que de su casa **Aparte** sale. No me matéis, celos, hasta que sepa quién es.)

LELIO: (Reconocerle pretendo, **Aparte** y averiguar de una vez quién logra el bien que yo pierdo.)

Llegan el uno al otro con las espadas desnudas, y al llegar se hunde el DEMONIO, y quedan los dos afirmados

DEMONIO (No sólo he de conseguir **Aparte** hoy de Justina el desprecio, sino rencores y muertes.

Ya llegan: ábrase el centro, dejando esta confusión a sus ojos.)

Húndese ahora

LELIO: Caballero, quienquiera que seáis, a mí me ha importado conoceros; y a todo trance restado con esta demanda vengo.

Decid quién sois.

FLOORO: Si os obliga a tan valiente despecho saber en quién ha caído vuestro amoroso secreto, más que el conocerme a vos me importa a mí el

conoceros; que en vos es curiosidad, y en mí es más, porque son celos. ¡Vive Dios, que he de saber quién es de la casa dueño, y quién a estas horas gana, por ese balcón saliendo, lo que yo pierdo llorando a estas rejas!

LELIO: ¡Bueno es eso, querer deslumbrar ahora la luz de mis sentimientos, atribuyéndome a mí delito que sólo es vuestro!

Quién sois tengo de saber, y dar muerte a quien me ha muerto de celos, saliendo ahora por ese balcón.

FLOORO: ¡Qué necio recato, encubrirse cuando está el amor descubierto!

LELIO: En vano la lengua apura lo que mejor el acero hará.

FLOORO: Con él os respondo.

LELIO: Quién ha sido, saber tengo, hoy el admitido amante de Justina.

FLOORO: Ése es mi intento.

Moriré, o sabré quién sois.

Salen CIPRIANO, MOSCÓN y CLARÍN

CIPRIANO: Caballeros, deteneos, si a aquesto puede obligaros haber llegado a este tiempo.

FLORO: Nada me puede obligar a que deje el fin que intento.

CIPRIANO: ¿Floro?

FLORO: Sí, que con la espada en la mano, nunca niego mi nombre.

CIPRIANO: A tu lado estoy; muera quien te ofende.

LELIO: Menos que temer me daréis todos que él me daba solo.

CIPRIANO: ¿Lelio?

LELIO: Sí.

A FLORO

CIPRIANO: Ya no estoy a tu lado, porque es fuerza estar en medio. ¿Qué es esto? ¡En un día dos veces he de hallarme a componeros!

LELIO: Ésta la última será, porque ya estamos compuestos; que con haber conocido quién es de Justina dueño, no le queda a mi esperanza ni aun el menor pensamiento.

Si no has hablado a Justina, que no la hables te ruego de parte de mis agravios y mis desdichas, habiendo visto que Floro merece sus favores en secreto.

De ese balcón ha bajado de gozar el bien que pierdo; y no es mi amor tan infame que haya de querer, atento a celos averiguados, con desengaños tan ciertos.

Vase LELIO

FLORO: Espera.

CIPRIANO: No has de seguirle...

(De haberle oído estoy muerto) **Aparte** que si es él el que ha perdido

...lo que has ganado, y dispuesto a olvidar está, no es bien apurar su sufrimiento.

FLORO: Tú y él apuráis el mío con estas cosas a un tiempo; y así a Justina no hables por mí; que aunque yo pretendo a costa de mis agravios vengarme de sus desprecios, ya la esperanza de ser suyo cesó, porque creo que no es noble el que porfía sobre averiguados celos.

Vase FLORO

CIPRIANO: (¿Qué es esto, cielos? ¿Qué escucho? ¿El uno del otro a un tiempo unos mismos celos tienen, y yo de uno y otro los tengo?

Los dos sin duda padecen algún engaño, y yo tengo que agradecerle, pues ya los dos desisten en esto de su pretensión. Desdichas, aunque haya sido consuelo este discurso, buscado de mis ansias, le agradezco.)

Moscón, prevenme mañana galas; Clarín, tráeme luego espada y plumas; que amor se regala en el objeto airoso y lucido; y ya ni libros ni estudios quiero, porque digan que es amor homicida del ingenio.

Vanse todos

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

SEGUNDA JORNADA

Salen CIPRIANO, MOSCÓN y CLARÍN, vestidos de galanes

CIPRIANO: (Altos pensamientos míos, **Aparte** ¿dónde, dónde me traéis, si ya por cierto tenéis que son locos desvaríos los que intentáis, pues, atreviéndoos al cielo, precipitados de un vuelo hasta el abismo bajáis?

Vi a Justina... ¡A Dios pluguiera que nunca viera a Justina, ni en su perfección divina la luz de la cuarta esfera!

Dos amantes la pretenden, uno del otro ofendido; y yo, a dos celos rendido, aun no sé los que me ofenden: sólo sé que mis recelos me despeñan con sus furias de un desdén a las injurias, de un agravio a los desvelos.

Todo lo demás ignoro, y en tan abrasado empeño, cielos, Justina es mi dueño, cielos, a Justina adoro.)

Moscón.

MOSCÓN: Señor.

CIPRIANO: Ve si está

Lisandro en casa.

MOSCÓN: Es razón.

CLARÍN: No es; yo iré, porque Moscón hoy no puede entrar allá.

CIPRIANO: ¡Oh qué cansada porfía siempre la de los dos fue! ¿Por qué no puede? ¿Por qué?

CLARÍN: Porque hoy, señor, no es su día mío sí, y de buena gana a dar el recado voy; que yo allá puedo entrar hoy, y Moscón no, hasta mañana.

CIPRIANO: ¿Qué nueva locura es ésta, añadida al porfiar?

Ni tú ni él habéis de entrar ya, pues su luz manifiesta

Justina.

CLARÍN: De fuera viene. hacia su casa.

Salen LIVIA y JUSTINA, con mantos, por una puerta

JUSTINA: ¡Ay de mí!

Livia, Cipriano está aquí.

CIPRIANO: (Disimular me conviene
Aparte de mis celos los desvelos, hasta apurarlos mejor.

Sólo la hablaré en mi amor, si lo permiten mis celos.)

No en vano, señora, ha sido haber el traje mudado, para que, como criado, pueda, a vuestros pies rendido, servirlos. A mereceros esto lleguen mis suspiros. dad licencia de servirlos, pues no la dais de quererlos.

JUSTINA: Poco, señor, han podido mis desengaños con vos, pues no han podido...

CIPRIANO: ¡Ay Dios!

JUSTINA: ... mereceros un olvido. ¿De qué manera queréis que os diga cuánto es en vano la asistencia, Cipriano, que a mis umbrales tenéis?

Si días, si meses, si años, si siglos a ellos estáis, no esperéis que a ellos oigáis sino sólo desengaños, porque es mi rigor de suerte, de suerte mis males fieros, que es imposible quererlos,

Cipriano, hasta la muerte.

Vase JUSTINA

CIPRIANO: La esperanza que me dais ya dichoso puede hacerme. si en muerte habéis de quererme, muy corto plazo tomáis.

Yo le acepto, y si a advertir llegáis cuán presto ha de ser, empezad vos a querer, que yo ya empiezo a morir.

CLARÍN: En tanto que mi señor,

Livia, triste y discursivo, está de esqueleto vivo desengañando a su amor, dame los brazos.

LIVIA: Paciencia ten, mientras que considero si es tu día; que no quiero encargar yo mi conciencia.

Martes sí, miércoles no

CLARÍN: ¿Qué cuentas, pues ha callado

Moscón?

LIVIA: Puede haberse errado, y no quiero errarme yo; porque no quiero, si arguyo que justicia he de guardar, condenarme por no dar a cada uno lo que es suyo.

Pero bien dices, tu día es hoy.

CLARÍN: Pues dame los brazos.

LIVIA: Con mil amorosos lazos.

MOSCÓN: ¿Oye usarcé, reina mía?

Bien ve usarcé, con la gana que hoy aque-
sos lazos hace.

Dígolo porque me abrace con la misma a mí
mañana.

LIVIA: Excusada es la sospecha de que a
usted no satisfaga, ni quiera Júpiter que haga yo
una cosa tan mal hecha como usar de demasía con
nadie. Yo abrazaré con mucha equidad a usted
cuando le toque su día.

Vase LIVIA

CLARÍN: Por lo menos, no he de vello yo.

MOSCÓN: Pues eso ¿qué ha importado?
¿Puede a mí haberme agraviado jamás, si reparo
en ello, una moza que no es mía?

CLARÍN: No.

MOSCÓN: Luego yo bien porfío que no ha si-
do en daño mío lo que no ha sido en mi día.

Mas ¿qué hace nuestro amo allí tan sus-
penso?

CLARÍN: Por si a hablar llega algo, quiero escuchar.

MOSCÓN: Y yo también.

CIPRIANO: ¡Ay de mí!

Al irse acercando cada uno por su lado, CIPRIANO con

la acción da a entrambos ¡Que tanto, Amor, desconfíes!

CLARÍN: ¡Ay de mí!

MOSCÓN: ¡Ay de mí! también.

CLARÍN: Llamar a este sitio es bien la Isla de los Ay-de-míes.

CIPRIANO: ¿Aquí estábades los dos?

CLARÍN: Yo bien juraré que estaba.

MOSCÓN: Yo y todo.

CIPRIANO: Desdicha, acaba de una vez conmigo. ¡Ay Dios! ¿Viose en tan nuevos extremos el humano corazón?

CLARÍN: ¿Adónde vamos, Moscón?

MOSCÓN: En llegando lo sabremos.

Pero fuera del lugar camina.

CLARÍN: Excusado es salir al campo, pues no tenemos que estudiar.

CIPRIANO: Clarín, vete a casa.

MOSCÓN: ¿Y yo?

CLARÍN: ¿Tú te habías de quedar?

CIPRIANO: Los dos me habéis de dejar.

CLARÍN: A entrambos nos lo mandó.

Vanse CLARÍN y MOSCÓN

CIPRIANO: Confusa memoria mía, no tan poderosa estés que me persuadas que es otra alma la que me guía.

Idólatra me cegué, ambicioso me perdí, porque una hermosura vi, porque una deidad miré; y entre confusos desvelos de un equívoco rigor conozco a quien tengo amor, y no de quien tengo celos.

Ya tanto aquesta pasión arrastra mi pensamiento, tanto--¡ay de mí!--este tormento lleva mi imaginación que diera--despecho es loco, indigno de un noble ingenio-- al más diabólico genio

--harto al infierno provooco-- ya rendido, y ya sujeto a penar y padecer, por gozar a esta mujer diera el alma.

Dentro

DEMONIO: Yo la aceto.

Suena ruido de truenos como tempestad y rayos

CIPRIANO: ¿Qué es ésto, cielos puros? ¡Claros a un tiempo, y en el mismo oscuros!

Dando al día desmayos, los truenos, los relámpagos y rayos abortan de su centro los asombros que ya no caben dentro.

De nubes todo el cielo se corona, y, preñado de horrores, no perdona el rizado copete de este monte.

Todo nuestro horizonte es ardiente pincel del Mongibelo, niebla el sol, humo el aire, fuego el cielo. ¡Tanto ha que te dejé, filosofía, que ignoro los efectos de este día!

Hasta el mar sobre nubes se imagina desesperada ruina, pues, crespo sobre el viento en leves plumas, le pasa por pavesas las espumas.

Naufragando, una nave en todo el mar parece que no cabe; pues el amparo más seguro y cierto es cuando huye la piedad del puerto.

El clamor, el asombro y el gemido fatal presagio han sido de la muerte que espera; y lo que tarda es porque esté muriendo lo que aguarda.

Y aun en ella también vienen portentos; no son todos de cielos y elementos.

El bajel, prodigiosa maravilla, desde el tope a la quilla todo negro, su máquina sustenta, si no es que se vistió de su tormenta.

A chocar en la tierra viene. Ya no es del mar sólo la guerra, pues la que se le ofrece, un peñasco le arrima en que tropiece, porque la espuma en sangre se salpique.

Dentro TODOS

TODOS: Que nos vamos a pique.

DEMONIO: En una tabla quiero salir a tierra, para el fin que espero.

CIPRIANO: Porque su horror se asombre, burlando su poder, escapa un hombre, y el bajel, que en las ondas ya se ofusca, el camarín de los tritones

busca, y en cresco remolino, es cadáver del mar, cascado el pino.

Sale el DEMONIO, mojado, como que sale del mar

DEMONIO: (Para el prodigio que intento, **Aparte** hoy me ha importado fingir sobre campos de zafir este espantoso portentoso; y en forma desconocida de la que otra vez me vio, cuando en este monte yo miré mi ciencia excedida, vengo a hacerle nueva guerra, valiéndome así mejor de su ingenio y de su amor.)

Dulce madre, amada tierra, dame amparo contra aquel monstruo que de sí me arroja.

CIPRIANO: Pierde, amigo, la congoja y la memoria cruel de tu reciente fortuna, viendo en tu mayor trabajo que no hay firme bien debajo de los cercos de la luna.

DEMONIO: ¿Quién eres tú, a cuyas plantas mí fortuna me ha traído?

CIPRIANO: Quien, de la piedad movido de ruinas y penas tantas, serte de alivio quisiera.

DEMONIO: Imposible vendrá a ser; que no le puedo tener yo jamás.

CIPRIANO: ¿De qué manera?

DEMONIO: Todo mi bien he perdido, pero sin razón me quejo, pues ya con la vida dejo mis memorias al olvido.

CIPRIANO: Ya que de aquel torbellino el terremoto cesó, y el cielo a su paz volvió, manso, quieto y cristalino, con tal priesa que su grave enojo nos da a entender que sólo debió de ser hasta consumir tu nave, dime quién eres, siquiera por la piedad que me das.

DEMONIO: Más de lo que has visto y más de lo que decir pudiera me cuesta el llegar aquí; que es mi fortuna cruel.

La menor es del bajel. ¿Quieres ver si es cierto?

CIPRIANO: Sí.

DEMONIO: Yo soy, pues saberlo quieres, un epílogo, un asombro de venturas y desdichas, que unas pierdo y otras lloro.

Tan galán fui por mis partes, por mi lustre tan heroico, tan noble por mi linaje y por mi ingenio tan docto, que, aficionado a mis prendas un rey, el mayor de todos

--puesto que todos le temen, si le ven airado el rostro-- en su palacio cubierto de diamantes y piropos

--y aun si los llamase estrellas fuera el hipérbole corto-- me llamó valido suyo, cuyo aplauso generoso me dio tan grande soberbia que competí al regio solio, quiriendo poner las plantas sobre sus dorados tronos.

Fue bárbaro atrevimiento: castigado lo conozco.

Loco anduve; pero fuera, arrepentido, más loco.

Más quiero en mi obstinación con mis alientos briosos despeñarme de bizarro que rendirme de medroso.

Si fueron temeridades, no me vi en ellas tan solo que de sus mismos vasallos no tuviese muchos votos.

De su corte, en fin, vencido, aunque en parte vitorioso, salí arrojando venenos por la boca y por los ojos, y pregonando venganzas, por ser mi agravio notorio, logrando en las gentes tuyas insultos, muertes y robos.

Los anchos campos del mar sangriento pirata corro,

Argos ya de sus bajíos, y lince de sus escollos.

En aquel bajel que el viento desvaneció en leves soplos, en aquel bajel que el mar convirtió en ruina sin polvo, esas campañas de vidrio hoy corría codicioso, hasta examinar un monte piedra a piedra y tronco a tronco; porque en él un hombre vive, y a buscarle me dispongo, a que cumpla una palabra que él me ha dado y yo le otorgo.

Embistióme esta tormenta; y aunque pudo prodigioso mi ingenio enfrenar a un tiempo al euro, al cierzo y al noto, no quise desesperado, por otras causas, por otros fines, convertirlos hoy en regalados favonios.

Que pude, dije, y no quise.

(Aquí de su ingenio noto **Aparte** los riesgos, puesto que así de mágicas le aficiono.)

No te espantes del despecho, ni del prodigio tampoco, de aquél, porque yo con iras me diera muerte a mí propio; ni de éste, porque con ciencias daré al sol pálido asombro.

Soy, en la magia que alcanzo, el registro poderoso de esos orbes. Línea a línea los he discorrido todos.

Y porque no te parezca que sin ocasión blasono, mira si a este mismo instante quieres que lo inculto y tosco de este Nembrot de peñascos, más bruto que el babilonio, te facilite lo horrible, sin que pierda lo frondoso.

Éste soy, huérfano huésped de estos fresnos, de estos chopos; y aunque éste soy, a tus plantas quiero pedirte socorro; y quiero, en el que me dieres, librarte el bien que te compro con el afán de mi estudio, que en experiencias abono, trayéndote a tu albedrío...

(Aquí en el amor le toco) **Aparte**

...cuanto te pida el deseo más avaro y codicioso.

Y en tanto que no le aceptes, ya de cortés, ya de corto, págate de los deseos, sí es que en ti no los malogro; que por la piedad que muestras, que agradezco y que conozco, seré tu amigo tan firme que ni el repetido monstruo de sucesos, la Fortuna, que entre baldones y elogios, próspera y adversa, muestra lo avaro y lo generoso, ni en su continua tarea, corriendo y volando a tornos, el tiempo, imán de los siglos, ni el cielo, ni el cielo propio, a cuyos astros el mundo debe el bellísimo adorno, tendrán poder de apartarme de tu lado un punto solo, como aquí me des amparo; y aun todo aquesto es muy poco para lo que yo intereso, si mis pensamientos logro.

CIPRIANO: Puedo decir que al mar albricias pido de que te hayas perdido, y a este monte llegaras, donde verás bien claras muestras de la amistad que ya te ofrezco si feliz por mi huésped te merezco.

Y así vente conmigo; que he de estimarte por seguro amigo.

Mi huésped has de ser mientras quisieres servirte de mi casa.

DEMONIO: ¿Ya me adquieres por tuyo?

CIPRIANO: Con los brazos firme nuestra amistad eternos lazos.

(¡Oh si a alcanzar llegase **Aparte** que aqueste hombre la magia me enseñase!

Pues con ella quizá mi amor podría en parte divertir la pena mía; o podría mí amor quizá con ella en todo conseguir la causa bella de mi rabia, mi furia y mi tormento.)

DEMONIO: (Ya al ingenio y amor le miro atento.) **Aparte**

Salen CLARÍN y MOSCÓN, cada uno por su puerta,

corriendo

CLARÍN: ¿Estás vivo, señor?

MOSCÓN: ¿Civilidades gastas por novedades

Claro está, pues le miras, que está vivo.

CLARÍN: He usado de este modo admirativo para ponderación, noble lacayo, del milagro que fue no darle un rayo de tantos como vio aquesta montaña.

MOSCÓN: Pues el mirarle ¿no te desengaña?

CIPRIANO: Éstos son mis criados. ¿A qué volvéis?

MOSCÓN: A darte más enfados.

DEMONIO: Tienen alegre humor.

CIPRIANO: A mí me tienen cansado, porque siempre necios vienen.

MOSCÓN: ¿Quién es aqueste hombre, señor?

CIPRIANO: Un huésped mío, no os asombre.

CLARÍN: ¿Para qué quieres huéspedes ahora?

CIPRIANO: Lo que merece tu valor ignora.

Aparte MOSCÓN y CLARÍN

MOSCÓN: Mi señor hace bien. ¿Has de heredalle?

CLARÍN: No; pero tiene talle el tal huésped, si acaso no me engaño, de estarse en casa un año y otro año.

MOSCÓN: ¿De qué lo infieres?

CLARÍN: Cuando aprieta pasa un huésped, decir suelen, "No hará en casa mucho humo." Y de aquéste...

MOSCÓN: Di.

CLARÍN: ...presumo...

MOSCÓN: ¿Qué?

CLARÍN: ...que ha de hacer en casa mucho humo.

CIPRIANO: ¿Para qué te repares?

Vente conmigo.

DEMONIO: Voy a obedecerte.

CIPRIANO: Tu descanso procuro.

Vase CIPRIANO

DEMONIO: (Yo tu muerte. **Aparte**

Y pues ya he conseguido el mirarme en tu casa introducido, ir a alterar mi saña determina de otra suerte también la de Justina.)

Vase el DEMONIO

CLARÍN: ¿No sabes qué he pensado?

MOSCÓN: ¿Qué?

CLARÍN: Que aquel terremoto ha reventado algún volcán, que mucho azufre he oído.

MOSCÓN: Que es el huésped a mí me ha parecido.

CLARÍN: Malas pastillas gasta. Mas ya infiero la causa.

MOSCÓN: ¿Qué es?

CLARÍN: El pobre caballero debe de tener sarna, y hase untado con unguento de azufre.

MOSCÓN: En ello has dado.

Vanse CLARÍN y MOSCÓN. Salen LELIO y FABIO,

criado

FABIO: En fin, ¿vuelves a esta calle?

LELIO: La vida en ella perdí, y vuelvo a buscarla aquí: quiera Amor que yo la halle.

FABIO: ¡Ay de mí!

A las puertas estás de la casa de Justina.

LELIO: ¿Qué importa, si hoy determina mi amor declararse más?

Que pues a ver he llegado que a otro de noche se fía, no es mucho que yo de día desahogue mi cuidado.

Retírate tú, porque el entrar solo es mejor.

Mi padre es gobernador de Antioquía. Bien podré, con este aliento y la furia que a despeñarme camina, en casa entrar de Justina, y quejarme de su injuria.

Vase FABIO, y sale JUSTINA

JUSTINA: Livia... Mas ¿quién está al paso?

LELIO: Yo soy.

JUSTINA: Pues ¿qué novedad, señor, qué temeridad obliga...?

LELIO: Cuando me abraso tanto, a mis celos sujeto, no lo he de estar a tu honor.

Perdona, que con mi amor ha espirado tu respeto.

JUSTINA: ¿Pues cómo tan atrevido osas...

LELIO: Como estoy furioso.

JUSTINA: ...entrar...

LELIO: Como estoy celoso.

JUSTINA: ...aquí...

LELIO: Como estoy perdido.

JUSTINA: ...sin advertir y sin ver el escándalo que da; que...?

LELIO: No te aflijas, pues ya tienes poco que perder.

JUSTINA: Mira, Lelio, mi opinión.

LELIO: Justina, eso mejor fuera que tu voz se lo dijera a quien por ese balcón sale de noche. No quiero más de que sepas que sé tus liviandades, porque menos ingrato y severo tu honor esté con mi amor; aunque es desdén más injusto porque tienes otro gusto, que porque tienes honor.

JUSTINA: Calla, calla, no hables más. ¿Quién a mi casa se atreve, ni quién en mi ofensa mueve paso y voz? ¿Tan ciego estás, tan atrevido y tan loco, que con fingidas quimeras eclipsar las luces quieras que aun al sol tienen en poco? ¿Hombre de mi casa?

LELIO: Sí.

JUSTINA: ¿Por mi balcón?

LELIO: Mi dolor lo diga, ingrata.

JUSTINA: ¡Ay honor!

Volved por vos y por mí.

Sale el DEMONIO por la puerta que está a las espaldas de JUSTINA

DEMONIO: (Acudiendo mi furor **Aparte** a los dos cargos que tengo, a esta casa a entablar vengo el escándalo mayor del mundo; y pues ya este amante tan despechado y tan ciego está, avívese su fuego.)

Ponerme quiero delante y, como huyendo, después de ser visto, retirarme.)

Hace como que va a salir, y en viéndole LELIO,

se reboce; y vuelve a entrarse por donde salió

JUSTINA: Hombre, ¿vienes a matarme?

LELIO: No, sino a morir.

JUSTINA: ¿Qué ves, que de nuevo te has mudado?

LELIO: Los engaños tuyos veo.

Di ahora que mi deseo mis ofensas ha inventado.

Un hombre de este aposento iba a salir: como vio gente, embozado volvió a retirarse.

JUSTINA: En el viento te finge tu fantasía ilusiones.

Quiere entrar, y detiénele

LELIO: ¡Pena brava!

JUSTINA: ¿Pues de noche no bastaba,

Lelio, mas también de día la luz quieres engañar?

Apártala, y éntrese por donde estaba el

DEMONIO

LELIO: Si es engaño o no es engaño, así veré el desengano.

JUSTINA: No te lo quiero excusar, porque la inocencia mía, a costa de esta licencia, desvanezca la apariencia de la noche con el día.

Sale LISANDRO, viejo

LISANDRO: Justina.

JUSTINA: (Esto me faltaba. **Aparte** ¡Ay de mí, si Lelio sale, estando Lisandro aquí!)

LISANDRO: Mis desdichas, mis pesares vengo a consolar contigo.

JUSTINA: ¿Qué tienes, que en el semblante muestras disgusto y tristeza?

LISANDRO: No es mucho, cuando se rasgue el corazón. Con el llanto pasar no puedo adelante.

Va a salir LELIO, y viendo a LISANDRO, se detiene

LELIO: (Ahora acabo de creer **Aparte** que sombra los celos hacen, pues no está en este aposento.

No tuvo por dónde echarse el hombre que vi.)

JUSTINA habla aparte a LELIO

JUSTINA: No salgas,

Lelio, que está aquí mi padre.

LELIO: Esperaré a que se ausente, convallecido en mis males.)

Retírase LELIO

JUSTINA: ¿De qué lloras? ¿Qué suspiras? ¿Qué tienes, señor? ¿Qué traes?

LISANDRO: Tengo el dolor más sensible, traigo la pena más grave, que vio la tierna piedad, para ejemplos miserables, con que la crueldad se baña de tanta inocente sangre.

Al gobernador envía el César Decio inviolable un decreto... Hablar no puedo.

JUSTINA: (¿Quién vio pena semejante?)

Aparte

Lisandro, compadecido de los cristianos ultrajes, conmigo habla, sin saber que Lelio puede escucharle, hijo del Gobernador.)

LISANDRO: En fin, Justina...

JUSTINA: No pases, señor, si así has de sentirlo, con el discurso adelante.

LISANDRO: Déjame que le repita; que contigo, es aliviarle.

En él manda...

JUSTINA: No prosigas, cuando es tan justo que engañes tu vejez con más sosiego.

LISANDRO: Cuando, porque me acompañes en los sentimientos vivos que bastan para matarme, te doy cuenta del decreto más cruel que vio la margen del Tibre, con sangre escrito para manchar sus cristales, ¿me diviertes? De otra suerte solías, Justina, escucharme estas lástimas.

JUSTINA: Señor, no son los tiempos iguales.

LELIO: (No oigo todo lo que hablan,
Aparte sino destroncado a partes.)

Sale FLORO por la otra parte

FLORO: (Licencia tiene un celoso
Aparte que llega a desengañarse de una hipócrita virtud, sin que más respetos guarde.

Con este intento hasta aquí

Mas con ella está su padre.

Esperaré otra ocasión.)

LISANDRO: ¿Quién pisa a estos umbrales?

FLORO: (Ya no es posible, ¡ay de mí,
Aparte el volverme sin hablarle.

Daréle alguna disculpa.)

Yo soy

LISANDRO: ¿Tú en mi casa?

FLORO: A hablarte vengo, si me das licencia, sobre un negocio importante.

JUSTINA: (Duélete de mí, Fortuna;
Aparte que son éstos muchos lances.)

LISANDRO: Pues ¿qué mandas?

FLORO: (¿Qué diré

Aparte que de este empeño me saque?)

LELIO: (¡Floro en casa de Justina
Aparte con libertad entra y sale!

No son fingidos a estos celos; ya éstos son verdades.)

LISANDRO: Mudado traes el color.

FLORO: No te admires, no te espantes, que vengo a darte un aviso, que es a tu vida importante,

de un enemigo que tienes, que de tu muerte en alcance anda. Esto basta que diga.

LISANDRO: (Sin duda que Floro sabe **Aparte** que yo soy cristiano, y viene con esta causa a avisarme de mi peligro.) Prosigue, y nada, Floro, me calles.

Sale LIVIA

LIVIA: Señor, el gobernador me ha mandado que te llame, y a la puerta está esperando.

FLORO: Mejor será que yo aguarde;
(Pensaré en tanto el engaño.) **Aparte** y así es bien que le despaches.

LISANDRO: Estimo tu cortesía.

Aquí volveré al instante.

Vanse LISANDRO y LIVIA

FLORO: ¿Eres tú la virtuosa que a las lisonjas suaves del templado viento llamas descomedidos ultrajes?

Pues ¿cómo de tu recato y de tu casa las llaves rendiste?

JUSTINA: Floro, detente: no tan descortés agravies opinión de quien el sol hizo el más costoso examen de pura y limpia.

FLORO: Ya llega aquesa vanidad tarde, pues ya yo sé a quien has dado libre entrada...

JUSTINA: ¡Que así hables!

FLORO: ...por un balcón...

JUSTINA: No pronuncies.

FLORO: ...a tu honor.

JUSTINA: ¡Que así me trates!

FLORO: Sí, que no me merecen más hipócritas humildades.

LELIO: (Floro no fue el del balcón.

Aparte

Sin duda que hay otro amante, puesto que ni él ni yo fuimos.)

JUSTINA: Pues tienes ilustre sangre, no ofendas nobles mujeres.

FLORO: ¡Que noble mujer te llames cuando a tus brazos le admities y por tus balcones sale!

Rindióte el poder; que como es gobernador su padre, te llevó la vanidad de ver que a Antioquía mande...

LELIO: (De mí habla.) **Aparte**

FLOORO: ...sin mirar otros defectos más grandes que la autoridad le encubre en sus costumbres y sangre.

Pero no...

Sale LELIO

LELIO: Floro, detente, y no en mi ausencia me agravies; que hablar del competidor mal son despechos cobardes.

Y salgo a que no prosigas, corrido de tantos lances como contigo he tenido, sin que en ninguno te mate.

JUSTINA: ¿Quién, sin culpa, se vio nunca en tan peligrosos lances?

FLOORO: Cuanto yo de ti dijera detrás te diré delante, y es verdad no sospechosa.

JUSTINA: Tente, Lelio; Floro, ¿qué haces?

LELIO: Tomar la satisfacción adonde escucho el desafío.

Empuñan las espadas

FLOORO: Yo, sustentar lo que dije donde lo dije.

JUSTINA: ¡Libradme, cielos, de tantas fortunas!

FLOORO: Y yo sabré castigarte.

Sale el GOBERNADOR, GENTE y LISANDRO

TODOS: Teneos.

JUSTINA: ¡Ay infelice!

GOBERNADOR: ¿Qué es esto? Mas ¿no es bastante indicio espadas desnudas, para que pueda informarme?

JUSTINA: ¡Qué desdicha!

LISANDRO: ¡Qué pesar!

TODOS: Señor...

GOBERNADOR: Baste, Lelio, baste. ¿Tú inquieto, siendo mi hijo? ¿Tú de mi favor te vales para alterar a Antíoquía?

LELIO: Señor, advierte...

GOBERNADOR: Llevadles; que no ha de haber excepción ni privilegios de sangre para no igualar castigos, pues son las culpas iguales.

LELIO: (Celos truje, y llevo agravios.)

Aparte

FLOORO: (Penas a penas se añaden.)

Aparte

Llévanlos

GOBERNADOR: En diferentes prisiones, y con gente que los guarde, a los dos tened. Y vos,

Lisandro, ¿tan nobles partes es posible que manchéis sufriendo...

LISANDRO: No, no os engañen deslumbradas apariencias. porque Justina no sabe la ocasión.

GOBERNADOR: ...dentro en su casa, queréis que viva ignorante, mozos ellos y ella hermosa?

En delito tan culpable me templo, porque no digan que sentencio como parte, siendo apasionado juez; mas vos que esto ocasionasteis, ya perdida la vergüenza, sé que volveréis a darme ocasión, que

la deseo, para que nos desengañen de vuestra virtud mentida verdaderas liviandades.

Vanse el GOBERNADOR y su GENTE

JUSTINA: Mis lágrimas os respondan.

LISANDRO: Ya lloras sin fruto y tarde. ¡Oh qué mal, Justina, hice el día que a declararte llegué quién eras! ¡Oh nunca te contara que, en la margen de un arroyo, en ese monte fuiste parto de un cadáver!

No me des satisfacciones.

JUSTINA: Los cielos han de abonarme.

LISANDRO: ¡Qué tarde será...

JUSTINA: No hay plazo que en la vida llegue tarde...

LISANDRO: para castigar delitos!

JUSTINA: ... para acrisolar verdades.

LISANDRO: Por lo que vi te condeno.

JUSTINA: Yo a ti por lo que ignoraste.

LISANDRO: Déjame, que voy muriendo, donde mi dolor me acabe.

JUSTINA: Pierda yo a tus pies la vida; pero no me desampares.

Vanse. Salen el DEMONIO, CIPRIANO, MOSCÓN y

CLARÍN

DEMONIO: Desde que en tu casa entré, te he visto sin alegría: profunda melancolía en tu semblante se ve.

Tu alivio no es bien que estorbes, queriéndomelo ocultar, pues sabré destachonar la clavazón de los orbes, por sólo el menor deseo que te ofenda y te fatigue.

CIPRIANO: No habrá mágica que obligue al imposible que veo: son mis ansias infelices.

DEMONIO: Tu amistad me las confiese.

CIPRIANO: Quiero a una mujer.

DEMONIO: ¿Y es ése el imposible que dices?

CIPRIANO: Si tú supieras quién es...

DEMONIO: Curiosa atención te doy, mientras que burlando estoy de que tan cobarde estés.

CIPRIANO: La hermosa cuna temprana del infante sol, que enjuga lágrimas cuando madruga, vestido de nieve y grana; la verde prisión ufana de la rosa cuando avisa que ya sus jardines pisa abril, y entre mansos hielos al alba es llanto en los cielos lo que es en los campos risa; el detenido arroyuelo, que el mormurar más suave aun entre dientes no sabe, porque se los prende el hielo; el clavel, que en breve cielo es estrella de coral; el ave, que liberal vestir matices presume, veloz cítara de pluma, al órgano de cristal; el risco que al sol engaña, si a derretirse se atreve, pues, gastándole la nieve, no le gasta la montaña; el laurel que el pie se baña con la nieve que atropella, y, verde Narciso de ella, burla sin temer desmayos en esta parte los rayos y los hielos en aquélla; al fin, cuna, grana, nieve, campo, sol, arroyo o rosa, ave que canta amorosa, risa que aljófares llueve, clavel que cristales bebe, peñasco sin deshacer, y laurel que sale a ver si hay rayos que le coronen son las partes que componen a esta divina mujer.

Estoy tan ciego y perdido, porque mi pena te asombre, que, por parecerla otro hombre, me engañé con el vestido.

Mis estudios di al olvido como al vulgo mi opinión, el discurso a mi pasión, a mi llanto el sentimiento, mis esperanzas al viento, y al desprecio mi razón.

Dije, y haré lo que dije, que ofreciera liberal el alma a un genio infernal

--de aquí mi pasión colige-- porque este amor que me aflige premiase con merecilla; pero es vana mi querella, tanto que presumo que es el alma corto interés, pues no me la dan por ella.

DEMONIO: ¿Tu valor ha de seguir los pasos desesperados de amantes que se acobardan en los primeros asaltos? ¿Tan lejos ejemplos viven de bellezas que postraron su vanidad a los ruegos, su altivez a los halagos? ¿Quieres lograr tus deseos, siendo su prisión tus brazos?

CIPRIANO: ¿Eso dudas?

DEMONIO: Pues envía allá fuera esos criados, y quedemos los dos solos.

CIPRIANO: Idos allá fuera entrambos.

MOSCÓN: Yo obedezco.

CLARÍN: Y yo también.

(El tal huésped es el diablo.) **Aparte**

Escóndese CLARÍN

CIPRIANO: Ya se fueron.

DEMONIO: (Poco importa **Aparte** que Clarín se haya quedado.)

CIPRIANO: ¿Qué quieres ahora?

DEMONIO: Esa puerta cierra.

CIPRIANO: Ya solos estamos.

DEMONIO: ¿Por gozar a esta mujer aquí dijeron tus labios que darás el alma?

CIPRIANO: Sí.

DEMONIO: Pues yo te acepto el contrato.

CIPRIANO: ¿Qué dices?

DEMONIO: Que yo le acepto.

CIPRIANO: ¿Cómo?

DEMONIO: Como puedo tanto, que te enseñaré una ciencia con que podrás a tu mando traer la mujer que adoras; que yo, aunque tan docto y sabio, traerla para otro no puedo.

Las escrituras hagamos ante nosotros dos mismos.

CIPRIANO: ¿Quieres con nuevos agravios dilatar las penas mías?

Lo que ofrecí está en mi mano, pero lo que tú me ofreces no está en la tuya, pues hallo que sobre el libre albedrío ni hay conjuros ni hay encantos.

DEMONIO: Hazme la cédula tú con tal condición.

CLARÍN: (¡Mal año! **Aparte**

Según lo que agora he visto, no es muy bobo aqueste diablo. ¡Yo darle cédula! Aunque se me tuvieran mis cuartos sin alquilar veinte siglos, no la hiciera.)

CIPRIANO: Los engaños. son para alegres amigos, no para desconfiados.

DEMONIO: Quiero darte en testimonio de lo que yo puedo y valgo algún indicio, aunque sea de mi poder breve rasgo. ¿Qué ves de esta galería?

CIPRIANO: Mucho cielo y mucho prado, un bosque, un arroyo, un monte.

DEMONIO: ¿Qué es lo que más te ha agrada-
do?

CIPRIANO: El monte, porque es, en fin, de la
que adoro retrato.

DEMONIO: Soberbio competidor de la estación
de los años, que te coronas de nubes por bruto rey
de los campos, deja el monte, mide el viento: mira
que soy quien te llamo.

Y mira tú si a una dama traerás, si yo a un
monte traigo.

***Múdase un monte de una parte a otra del ta-
blado***

CIPRIANO: ¡No vi más confuso asombro! ¡No vi
prodigio más raro!

CLARÍN: (Con el espanto y el miedo
Aparte estoy dos veces temblando.)

CIPRIANO: Pájaro que al viento vuelas, siendo
tus plumas tus ramos; bajel que en el viento surcas;
siendo jarcias tus peñascos: vuélvete a tu centro, y
deja la admiración y el espanto.

DEMONIO: Si ésta no es prueba bastante, pronuncien otra mis labios. ¿Quieres ver esa mujer que adoras?

CIPRIANO: Sí.

DEMONIO: Pues rasgando las duras entrañas, tú, monstruo de elementos cuatro, manifiesta la hermosura que en tu oscuro centro guardo.

Ábrese un peñasco, y está

JUSTINA durmiendo ¿Es aquélla la que adoras?

CIPRIANO: Aquélla es la que idolatro.

DEMONIO: Mira si dártela puedo, pues donde quiero la traigo.

CIPRIANO: Divino imposible mío, hoy serán centro tus brazos de mi amor, bebiendo al sol luz a luz y rayo a rayo.

Ciérrase el monte

DEMONIO: Detente, que hasta que firmes la palabra que me has dado, no puedes tocarla.

CIPRIANO: Espera, parda nube del más claro sol que amaneció a mis dichas...

Mas con el viento me abrazo.

Ya creo tus ciencias, ya confieso que soy tu esclavo. ¿Qué quieres que haga por ti? ¿Qué me pides?

DEMONIO: Por resguardo una cédula firmada con tu sangre y de tu mano.

CLARÍN: (El alma le diera yo **Aparte** por no haberme aquí quedado.)

CIPRIANO: Pluma será este puñal, papel este lienzo blanco, y tinta para escribirlo la sangre es ya de mis brazos.

Escribe con la daga en un lienzo, habiéndose sacado sangre de un brazo

(¡Qué hielo! ¡Qué horror! ¡Qué asombro!)
Aparte

Digo yo, el gran Cipriano, que daré el alma inmortal...

(¡Qué frenesí! ¡Qué letargo!) **Aparte**

...a quien me enseñare ciencias...

(¡Qué confusiones! ¡Qué espantos!)
Aparte

...con que pueda atraer a mí a Justina, dueño ingrato; y lo firmé de mi nombre

DEMONIO: (Ya se rindió a mis engaños **Aparte** el homenaje valiente, donde estaban tremolando el discurso y la razón.) ¿Has escrito?

CIPRIANO: Sí, y firmado.

DEMONIO: Pues tuyo es el sol que adoras.

CIPRIANO: Tuya por eternos años es el alma que te ofrezco.

DEMONIO: Alma con alma te pago, pues por tuya te doy la de Justina.

CIPRIANO: ¿Qué tanto término para enseñarme la magia tomas?

DEMONIO: Un año, con condición...

CIPRIANO: Nada temas.

DEMONIO: ...que en una cueva encerrados, sin estudiar otra cosa, hemos de vivir entrambos, sirviéndonos solamente a los dos este criado,

Saca a CLARÍN que curioso se quedó, pues, con nosotros llevando su persona, este secreto de esta suerte, aseguramos.

CLARÍN: (¡Oh nunca yo me quedara!

Aparte ¡Que habiendo vecinos tantos que acechen, no haya un demonio que venga al punto a llevarlos!)

CIPRIANO: Está bien. Dos dichas juntas ingenio y amor lograron, pues Justina será mía, y yo vendré a ser espanto del mundo con nuevas ciencias.

DEMONIO: No salió mi intento en vano.

CLARÍN: El mío sí.

DEMONIO: Ven con nosotros

(Ya vencí el mayor contrario.) **Aparte**

CIPRIANO: Dichosos seréis, deseos, si tal posesión alcanzo.

DEMONIO: (No ha de sosegar mi envidia **Aparte** hasta que los gane a entrambos.)

Vamos, y de aqueste monte en lo oculto y lo intrincado oirás la primer lición hoy de la mágica.

CIPRIANO: Vamos. que, con tal maestro mí ingenio, mi amor con dueño tan alto, eterno será en el mundo el mágico Cipriano.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

TERCERA JORNADA

Sale CIPRIANO, solo, de una como cueva

CIPRIANO: Ingrata beldad mía, llegó el feliz, llegó el dichoso día, línea de mi esperanza, término de mi amor y tu mudanza, pues hoy será el postrero en que triunfar de tu desdén espero.

Este monte, elevado en sí mismo alcázar estrellado, y aquesta cueva oscura, de dos vivos funesta sepultura, escuela ruda han sido donde la docta mágica he aprendido, en que tanto me muestro que puedo dar lición a mi maestro.

Y viendo ya que hoy una vuelta entera cumple el sol de una esfera en otra esfera, a examinar de mis prisiones salgo con la luz que puedo y lo que valgo.

Hermosos cielos puros, atended a mis mágicos conjuros; blandos aires veloces, parad al sabio estruendo de mis voces; gran peñasco violento, estremécete al ruido de mi acento; duros troncos vestidos, asombraos al horror de mis gemidos; floridas plantas bellas, al eco os asustad de mis quereillas; dulces aves suaves, la acción temed de mis

prodigios graves; bárbaras, crueles fieras, mirad las señas de mi afán primeras; porque ciegos, turbados, suspendidos, confusos, asustados, cielos, aires, peñascos, troncos, plantas, fieras y aves, estéis de ciencias tantas; que no ha de ser en vano el estudio infernal de Cipriano.

Sale el DEMONIO

DEMONIO: Cipriano.

CIPRIANO: ¡Oh sabio maestro mío!

Enojado

DEMONIO: ¿A qué, usando esta vez de tu albedrío más que de mi preceto, con qué fin, por qué causa, y a qué efeto, osado o ignorante, sales a ver del sol la faz brillante?

CIPRIANO: Viendo que ya yo puedo al infierno poner asombro y miedo, pues con tanto cuidado la mágica he estudiado que aun tú mismo no puedes decir, si es que me igualas, que me excedes; viendo que ya no hay parte de ella que con fatiga, estudio y arte yo no la haya alcanzado, pues la nigromancia he penetrado, cuyas líneas oscuras me abrirán las funestas sepulturas, haciendo que su centro aborte los cadáveres que dentro tiranamente encierra la

avarienta codicia de la tierra, respondiendo por puntos a mis voces los pálidos difuntos; y viendo, en fin, cumplida la edad del sol que fue plazo a mi vida, pues, corriendo veloz a su discurso con el rápido curso los cielos cada día, retrocediendo siempre a la porfía del natural, en que se juzga extraño, el término fatal cumple hoy del año: lograr mis ansias quiero, atrayendo a mi voz el bien que espero.

Hoy la rara, hoy la bella, hoy la divina, hoy la hermosa Justina, en repetidos lazos, llamada de mi amor, vendrá a mis brazos; que permitir no creo de dilación un punto a mi deseo.

DEMONIO: Ni yo que le permitas quiero, si es éste el fin que solicitas.

Con caracteres mudos la tierra línea, pues, y con agudos conjuros hiere el viento, a tu esperanza y a tu amor atento.

CIPRIANO: Pues allí me retiro, donde verás que cielo y tierra admiro.

Vase

DEMONIO: Y yo te doy licencia, porque sé de tu ciencia y de mi ciencia que el infierno inclemente, a tus invocaciones obediente, podrá por mí entre-

garte a la hermosa Justina en esta parte; que aunque el gran poder mío no puede hacer vasallo un albedrío, puede representalle tan extraños deleites que se halle empeñado a buscarlos, y inclinarlos podré, si no forzarlos.

Sale CLARÍN de la cueva

CLARÍN: Ingrata deidad mía, no Livia ardiente, sino Livia fría, llegó el plazo en que espero alcanzar si tu amor es verdadera; pues ya sé lo que basta para ver si eres casta o haces casta; que con tanto cuidado aquí la ciencia mágica he estudiado que por ella he de ver--¡ay de mí, triste!-- si con Moscón acaso me ofendiste.

Aguados cielos--ya otro dijo "puros"-- atended a mis lóbregos conjuros: montes...

DEMONIO: Clarín, ¿qué es eso?

CLARÍN: ¡Oh sabio maestro!

Por la concomitancia estoy tan diestro en la magia que quiero ver por ella si Livia, tan ingrata como bella, comete alguna vez superchería en la fatal estancia de mi día.

DEMONIO: Deja aqueas locuras, y en lo intrincado de esas peñas duras asiste a tu señor, para que veas

--si tanta admiración lograr deseas-- el fin de su cuidado; que solo quiero estar.

CLARÍN: Yo, acompañado.

Y si no he merecido haber las ciencias tuyas aprendido, porque, en fin, no te he hecho cédu-la con la sangre de mi pecho, en este lienzo ahora...

Saca un lienzo sucio y escribe en él con el dedo, habiéndose hecho sangre

--nunca le tray más limpio quién bien llora-- la haré, para que más te escandalices, dándome un mojicón en las narices; que no será embarazo salir de las narices o del brazo.

Digo, el gran Clarín, que, si merezco ver a Livia cruel, que al diablo ofrezco...

DEMONIO: Ya digo que me dejes, y que con tu señor de mí te alejes.

CLARÍN: Yo lo haré, no te alteres.

Pues que tomar mi cédula no quieres cuando darla procuro, sin duda que me tienes por seguro.

Vase CLARÍN

DEMONIO: Ea, infernal abismo, desesperado imperio de ti mismo, de tu prisión ingrata tus lascivos espíritus desata, amenazando ruina al virgen edificio de Justina.

Su casto pensamiento de mil torpes fantasmas en el viento hoy se informe, su honesta fantasía se lleñe; y con dulcísima armonía todo provoque amores: los pájaros, las plantas y las flores.

Nada miren sus ojos que no sean de amor dulces despojos; nada oigan sus oídos que no sean de amor tiernos gemidos; porque, sin que defensa en su fe tenga, hoy a buscar a Cipriano venga, de su ciencia invocada y de mi ciego espíritu guiada.

Empezad, que yo en tanto callaré, porque empiece vuestro canto.

Canta dentro, una VOZ

VOZ: *¿Cuál es la gloria mayor de esta vida?*

TODOS: *Amor, amor.*

***Mientras esta copla se canta, se va entrando
el***

***DEMONIO por una puerta, y sale por otra
JUSTINA huyendo***

VOZ: *No hay sujeto en quien no imprima
el fuego de amor su llama, pues vive más donde
ama el hombre que donde anima.*

*Amor solamente estima cuanto tener vida
sabe: el tronco, la flor y el ave.*

Luego es la gloria mayor de esta vida...

TODOS: *...amor, amor.*

Esto representa asombrada y inquieta

JUSTINA: *Pesada imaginación, al parecer li-
sonjera, ¿cuándo te he dado ocasión para que de
esta manera aflijas mi corazón? ¿Cuál es la causa,
en rigor, de este fuego, de este ardor, que en mí por
instantes crece? ¿Qué dolor el que padece mi sen-
tido?*

Cantan

TODOS: *Amor, amor.*

Cóbrate más

JUSTINA: Aquel ruiseñor amante es quien respuesta me da, enamorando constante a su consorte, que está un ramo más adelante.

Calla, ruiseñor; no aquí imaginar me hagas ya, por las quejas que te oí, cómo un hombre sentirá, si siente un pájaro así.

Mas no. Una vid fue lasciva, que buscando fugitiva va el tronco donde se enlace, siendo el verdor con que abraza el peso con que derriba.

No así con verdes abrazos me hagas pensar en quien amas, vid; que dudaré en tus lazos, si así abrazan unas ramas, cómo enraman unos brazos.

Y si no es la vid, será aquel girasol, que está viendo cara a cara al sol, tras cuyo hermoso arbol siempre moviéndose va.

No sigas, no, tus enojos, flor, con marchitos despojos; que pensarán mis congojas, si así lloran unas hojas, cómo lloran unos ojos.

Cesa, amante ruiseñor; desúnete, vid frondosa; párate, inconstante flor; o decid: ¿qué venenosa fuerza usáis?

Cantan

TODOS: *Amor, amor.*

JUSTINA: ¡Amor! ¿A quién le he tenido yo jamás? Objeto es vano; pues siempre despojo han sido de mi desdén y mi olvido

Lelio, Floro y Cipriano. ¿A Lelio no desprecié? ¿A Floro no aborrecí?

Y a Cipriano ¿no traté...

Párase en el nombre de CIPRIANO, y desde allí repesenta inquieta otra vez

...con tal rigor que, de mí aborrecido, se fue donde de él no se ha sabido?

Mas--¡ay de mí!--yo ya creo que ésta debe de haber sido la ocasión con que ha podido atreverse mi deseo; pues desde que pronuncié que vive ausente por mí, no sé--¡ay infeliz!--no sé qué pena es la que sentí.

Cóbrase otra vez

Mas piedad sin duda fue de ver que por mí olvidado viva un hombre que se vio de todos tan celebrado, y que a sus olvidos yo tanta ocasión haya dado.

Con asombro, otra vez

Pero si fuera piedad, la misma piedad tuviera de Lelio y Floro, en verdad; pues en una prisión fiera por mí están sin libertad.

En sí, otra vez

Mas--¡ay discursos!--parad.

Si basta ser piedad sola, no acompañéis la piedad; que os alargáis de manera que no sé--¡ay de mí!--no sé, si ahora a buscarle fuera, si adonde él está supiera.

Sale el DEMONIO

DEMONIO: Ven, que yo te lo diré.

JUSTINA: ¿Quién eres tú, que has entrado hasta este retrete mío, estando todo cerrado? ¿Eres monstruo que ha formado mi confuso desvarío?

DEMONIO: No soy sino quien, movido de ese afecto que tirano te ha postrado y te ha vencido, hoy llevarte ha prometido adonde está Cipriano.

JUSTINA: Pues no lograrán tu intento; que esta pena, esta pasión que afligió mi pensamiento, llevó la imaginación, pero no el consentimiento.

DEMONIO: En haberlo imaginado hecha tienes la mitad; pues ya el pecado es pecado, no pares la voluntad, el medio camino andado.

JUSTINA: Desconfiarme es en vano, aunque pensé; que aunque es llano que el pensar es empear, no está en mi mano el pensar, y está el obrar en mi mano.

Para haberte de seguir, el pie tengo de mover, y esto puedo resistir, porque una cosa es hacer y otra cosa es discurrir.

DEMONIO: Si una ciencia peregrina en ti su poder esfuerza, ¿cómo has de vencer, Justina, si inclina con tanta fuerza que fuerza al paso que inclina?

JUSTINA: Sabiéndome yo ayudar del libre albedrío mío.

DEMONIO: Forzarále mi pesar.

JUSTINA: No fuera libre albedrío si se dejara forzar.

Tira de ella, y no puede moverla

DEMONIO: Ven donde un gusto te espera.

JUSTINA: Es muy costoso ese gusto.

DEMONIO: Es una paz lisonjera.

JUSTINA: Es un cautiverio injusto.

DEMONIO: Es dicha.

JUSTINA: Es desdicha fiera.

DEMONIO: ¿Cómo te has de defender, si te arrastra mi poder?

Tira más

JUSTINA: Mi defensa en Dios consiste.

Suéltala

DEMONIO: Venciste, mujer, venciste con no dejarte vencer.

Mas ya, que de esta manera de Dios estás defendida, mi pena, mi rabia fiera, sabrá llevarte fingida, pues no puede verdadera.

Un espíritu verás, para este efecto no más, que de tu forma se informa, y en la fantástica forma disfamada vivirás.

Lograr dos triunfos espero, de tu virtud ofendido: deshonorarte es el primero, y hacer de un gusto fingido un delito verdadero.

Vase el DEMONIO

JUSTINA: De esa ofensa al cielo apelo, porque desvanezca el cielo la apariencia de mi fama, bien como al aire la llama, bien como la flor al hielo.

No podrás... Mas--¡ay de mí!-- ¿a quién estas voces doy? ¿No estaba ahora un hombre aquí?

Sí. Mas no, yo sola estoy.

No. Mas sí, pues yo le vi. ¿Por dónde se fue tan presto? ¿Si le engendró mi temor?

Mi peligro es manifiesto. ¡Lisandro, padre, señor! ¡Livia!

Sale cada uno por su puerta

LISANDRO: ¿Qué es esto?

LIVIA: ¿Qué es esto?

JUSTINA: ¿Visteis un hombre--¡ay de mí!-- que ahora salió de aquí?

(Mal mis desdichas resisto.) **Aparte**

LISANDRO: ¡Hombre aquí!

JUSTINA: ¿No le habéis visto?

LIVIA: No, señora.

JUSTINA: Pues yo sí.

LISANDRO: ¿Cómo puede ser, si ha estado todo este cuarto cerrado?

LIVIA: (Sin duda que a Moscón vio, **Aparte** que tengo escondido yo en mi aposento.)

LISANDRO: Formado cuerpo de tu fantasía el hombre debió de ser; que tu gran melancolía le supo formar y hacer de los átomos del día.

LIVIA: Mi señor tiene razón.

JUSTINA: No ha sido--¡ay de mí!--ilusión, y mayor daño sospecho, porque a pedazos del pecho me arrancan el corazón.

Algún hechizo mortal se está haciendo contra mí, y fuera el conjuro tal que, a no haber Dios, desde aquí me dejara ir tras mi mal.

Mas Él me ha de defender, y no sólo del poder de esta tirana violencia; pero mi humilde inocencia no ha de dejar padecer.

Livia, el manto, porque, en tanto que padezco estos extremos, tengo de ir al templo santo, que tan secreto tenemos los fieles.

Saca el manto, y pónesele; que le vea con

él la gente

LIVIA: Aquí está el manto.

JUSTINA: En él tengo de templar este fuego que me abrasa.

LISANDRO: Yo te quiero acompañar.

LIVIA: (Y yo volveré a alentar **Aparte** en echándolos de casa.)

JUSTINA: Pues voy a ampararme así, cielos, de vuestro favor, confío.

LISANDRO: Vamos de aquí.

JUSTINA: Vuestra es la causa, Señor.

Volved por vos y por mí.

Vanse los dos, y sale MOSCÓN, que está acechando

MOSCÓN: ¿Fuéronse ya?

LIVIA: Ya se fueron

MOSCÓN: ¡Con qué susto me tuvieron!

LIVIA: ¿Es posible que salieras del aposento, y vinieras donde sus ojos te vieron?

MOSCÓN: ¡Vive Dios que no he salido! un instante, Livia mía, de donde estaba escondido!

LIVIA: Pues ¿quién el hombre sería?

MOSCÓN: El mismo diablo habrá sido. ¿Qué sé yo? No muestres ya por eso, mi bien, enfado.

Suspira LIVIA

LIVIA: No es por eso.

MOSCÓN: ¿Qué será?

LIVIA: ¡Qué pregunta, si ha que está un día entero encerrado conmigo! ¿No echa de ver

Llora que habrá también menester el otro, su confidente, que lllore hoy tenerle ausente, pues no lloré en todo ayer? ¿Hase de pensar de mí que mujer tan fácil fui que en medio año de ausencia falté a la correspondencia que al ser quien soy ofrecí?

MOSCÓN: ¿Qué es medio año? Un año entero ha ya que pudo faltar.

LIVIA: Es engaño, pues infiero que yo no debo contar los días que no le quiero.

Y si de un año--¡ay de mí!--

Llorando te di la mitad a ti, fuera injuria muy cruel contárselo todo a él.

MOSCÓN: Cuándo yo, ingrata, creí que fuera tu voluntad toda mía, ¡con piedad haces cuentas!

LIVIA: Sí, Moscón, porque, en fin, cuenta y razón conserva toda amistad.

MOSCÓN: Pues que tu constancia es tal, adiós, Livia, hasta mañana.

Sólo te ruega mi mal que, pues eres su terciana, no seas su sincopal.

LIVIA: ¿Ya no ves que no hay en mí malicia alguna?

MOSCÓN: ¿Es así?

LIVIA: En todo hoy no me has de ver; mas no sea menester enviar mañana por ti.

Vanse, y sale CIPRIANO, con asombro, y CLARÍN,

acechando, tras él

CIPRIANO: Sin duda se han rebelado en los imperios cerúleos las tropas de las estrellas, pues me niegan sus influjos.

Comunidades ha hecho todo el abismo profundo, pues la obediencia no rinde que me debe por tributo.

Una. y mil veces el viento estremezco a mis conjuros, y una y mil veces la tierra con mis caracteres surco, sin que se ofrezca a mis ojos el humano sol que busco, el cielo humano que espero en mis brazos.

CLARÍN: Eso ¿es mucho?

Pues una y mil veces yo hago en la tierra dibujos, una y mil veces el viento a puras voces aturdo, y tampoco viene Livia.

CIPRIANO: Esta sola vez presumo volver a invocarla. Escucha, bella Justina.

Sale la que hace a JUSTINA, con manto, como turbada,

por una puerta, y éntrase huyendo por la otra, y va tras

ella CIPRIANO, turbado, y CLARÍN, turbado, dando vueltas con

miedo

FIGURA: Ya escucho; que, forzada de tus voces, aquestos montes discurro. ¿Qué me quieres? ¿Qué me quieres,

Cipriano?

CIPRIANO: ¡Estoy confuso!

FIGURA: Y pues que ya...

CIPRIANO: ¡Estoy absorto!

FIGURA: ...he venido...

CIPRIANO: ¿Qué me turbo?

FIGURA: ...de la suerte...

CIPRIANO: ¿Qué me espanto?

FIGURA:que me halló el amor,...

CIPRIANO: ¿Qué dudo?

FIGURA: ...donde me llamas...

CIPRIANO: ¿Qué temo?

FIGURA: ...y así con la fuerza cumplo del encanto, a lo intrincado del monte tu vista huyo.

Cúbrese el rostro con el manto, y vase

CIPRIANO: Espera, aguarda, Justina.

Mas ¿qué me asombro y discurro?

Seguiréla, y este monte, donde mi ciencia la trujo, teatro será frondoso, ya que no tálamo rudo, del más prodigioso amor que ha visto el cielo.

Vase

CLARÍN: Abernuncio de mujer que viene a ser novia, y viene oliendo a humo.

Pero debió de cogerla del encanto lo absoluto soplando alguna colada o cociendo algún menudo.

Mas no. ¡En cocina y con manto!

De otra suerte la disculpo.

Sin duda debe de ser

--ahora he dado en el punto-- que una honrada nunca huele mejor cogida de susto.

Ya la ha alcanzado, y con ella, de aqueste valle en lo inculto, luchando a brazos enteros

--que a brazos partidos juzgo que hiciera mal en luchar el amante más forzado-- a este mismo sitio vuelven.

Desde aquí acechar procuro; que deseo saber cómo se hace una fuerza en el mundo.

Escóndese, y sale CIPRIANO, trayendo abrazada

una persona cubierta con manto y con vestido parecido al de

JUSTINA, que es fácil, siendo negro este manto y vestido; y

han de venir de suerte que con facilidad se quite todo y quede un

esqueleto, que ha de volar o hundirse, como mejor pareciere, como

se haga con velocidad; si bien será mejor desaparecer por el

viento

CIPRIANO: Ya, bellísima Justina, en este sitio que, oculto, ni el sol le penetra a rayos ni a soplos el aire puro, ya es trofeo tu belleza de mis mágicos estudios; que por conseguirte, nada temo, nada dificulto.

El alma, Justina bella, me cuestas; pero ya juzgo, siendo tan grande el empleo, que no ha sido el precio mucho.

Corre a la deidad el velo, no entre pardos, no entre oscuros celajes se esconda el sol; sus rayos ostente rubios.

Descúbrela, y ve el cadáver

Mas--¡ay infeliz!--¿qué veo?

Un yerto cadáver mudo entre sus brazos me espera! ¿Quién en un instante pudo, en facciones desmayadas de lo pálido y caduco, desvanecer los primores de lo rojo y lo purpúreo?

ESQUELETO: Así, Cipriano, son todas las glorias del mundo.

Desaparece, y sale CLARÍN, huyendo, y abrázase

con él CIPRIANO

CLARÍN: (Si alguien ha menester miedo, **Aparte** yo tengo un poco y un mucho.)

CIPRIANO: Espera, fúnebre sombra.

Ya con otro fin te busco.

CLARÍN: Pues yo soy fúnebre cuerpo. ¿No echas de verlo en el bulto?

CIPRIANO: ¿Quién eres?

CLARÍN: Yo estoy de suerte que aun quien soy creo que dudo.

CIPRIANO: ¿Viste en lo raro del viento o del centro en el profundo yerto un cadáver, dejando en señas de polvo y humo desvanecida la pompa que llena de adornos trujo?

CLARÍN: Ahora sabes que estoy sujeto a los infortunios de acechador.

CIPRIANO: ¿Qué se hizo?

CLARÍN: Deshízose luego al punto.

CIPRIANO: Busquémosle.

CLARÍN: No busquemos.

CIPRIANO: Sus desengaños procuro.

CLARÍN: Yo no, señor.

Sale el DEMONIO

DEMONIO: (¡Justos cielos! **Aparte**

Si juntas un tiempo tuvo mi ser la ciencia y la gracia cuando fui espíritu puro, la gracia sola perdí, la ciencia no. ¿Cómo, injustos, si esto es así, de mis ciencias aun no me dejáis el uso?)

Sin verle

CIPRIANO: ¡Lucero, sabio maestro!

CLARÍN: No le llames; que presumo que venga en otro cadáver.

DEMONIO: ¿Qué me quieres?

CIPRIANO: Que del mucho horror que padezco absorto rescates hoy mi discurso.

CLARÍN: (Yo, que no quiero rescates, **Aparte** por este lado me escurro.)

Vase CLARÍN

CIPRIANO: Apenas sobre la tierra herida acen-
tos pronuncio cuando en la acción que allá estaba

Justina, divino asunto de mi amor y mi de-
seo

Pero ¿para qué procuro contarte lo que ya
sabes?

Vino, abracéla, y al punto que la descubro-- ¡ay de mí!-- en su belleza descubro un esqueleto, una estatua, una imagen, un trasunto de la muerte, que en distintas voces me dijo-- ¡oh qué susto!--,

"Así, Cipriano, son todas las glorias del mundo."

Decir que en la magia tuya, por mí ejecutada, estuvo el engaño no es posible, porque yo punto por punto la obré, sin que errar pudiese de sus caracteres mudos una línea, ni una voz de sus mortales conjuros.

Luego tú me has engañado cuando yo los ejecuto, pues sólo fantasmas hallo adonde hermosuras busco.

DEMONIO: Cipriano, ni hubo en ti defecto, ni en mí le hubo.

En ti, supuesto que obraste el encanto con agudo ingenio; en mí, pues el mío te enseñó en él cuanto supo.

El asombro que has tocado más superior causa tuvo.

Mas no importará; que yo, que tu descanso procuro, te haré dueño de Justina por otros medios más justos.

CIPRIANO: No es ése mi intento ya; que de tal suerte confuso este espanto me ha dejado que no quiero medios tuyos.

Y así, pues que no has cumplido las condiciones que puso mi amor, sólo de ti quiero, ya que de tu vista huyo, que mí cédula me vuelvas, pues es el contrato nulo.

DEMONIO: Yo te dije que te había de enseñar en este estudio ciencias que atraer pudiesen, de tus voces al impulso, a Justina; y pues el viento aquí a Justina te trujo, válido ha sido el contrato, y yo mi palabra cumplo.

CIPRIANO: Tú me ofreciste que había de coger mi amor el fruto que sembraba mi esperanza por estos montes incultos.

DEMONIO: Yo me obligué, Cipriano, sólo a traerla.

CIPRIANO: Eso dudo; que a dárme la te obligaste.

DEMONIO: Yo la vi en los brazos tuyos.

CIPRIANO: Fue una sombra.

DEMONIO: Fue un prodigio.

CIPRIANO: ¿De quién?

DEMONIO: De quien se dispuso a ampararla.

CIPRIANO: ¿Y cuyo fue?

Temblando

DEMONIO: No quiero decirte cuyo.

CIPRIANO: Valdréme yo de tus ciencias contra ti. Yo te conjuro que quién ha sido me digas.

DEMONIO: Un Dios, que a su cargo tuvo a Justina.

CIPRIANO: Pues ¿qué importa sólo un dios, puesto que hay muchos?

DEMONIO: Tiene Él el poder de todos.

CIPRIANO: Luego solamente es uno, pues con una voluntad obra más que todos juntos.

DEMONIO: No sé nada, no sé nada.

CIPRIANO: Ya todo el pacto renuncio que hice contigo; y en nombre de aque-se Dios te pregunto: ¿Qué le ha obligado a ampararla?

Haciéndose fuerza para no decirlo

DEMONIO: Guardar su honor limpio y puro.

CIPRIANO: Luego Ése es suma bondad, pues que no permite insultos.

Mas ¿qué perdiera Justina si aquí se quedaba oculto?

DEMONIO: Su honor, si lo adivinara por sus malicias el vulgo.

CIPRIANO: Luego ese Dios todo es vista, pues vio los daños futuros.

Pero ¿no pudiera ser ser el encanto tan sumo que no pudiera vencerle?

DEMONIO: No, que su poder es mucho.

CIPRIANO: Luego ese Dios todo es manos, pues que cuanto quiso pudo.

Dime, ¿quién es ese Dios, en quien he topado juntos ser una suma bondad, ser un poder absoluto, todo vista y todo manos, que ha tantos años que busco?

DEMONIO: No lo sé.

CIPRIANO: Dime quién es.

DEMONIO: ¡Con cuánto horror lo pronuncio!

Es el Dios de los cristianos.

CIPRIANO: ¿Qué es lo que moverle pudo contra mí?

DEMONIO: Serlo Justina.

CIPRIANO: ¿Pues tanto ampara a los suyos?

Con rabia

DEMONIO: Sí, mas ya es tarde, ya es tarde para hallarle tú, si juzgo que, siendo tú esclavo mío, no has de ser vasallo suyo.

CIPRIANO: ¡Yo tu esclavo!

DEMONIO: En mi poder tu firma está.

CIPRIANO: Ya presumo cobrarla de ti, pues fue condicional, y no dudo quitártela.

DEMONIO: ¿De qué suerte?

CIPRIANO: De esta suerte.

Saca la espada, tírale y no le topa

DEMONIO: Aunque desnudo el acero contra mí esgrimas fiero y sañudo, no me herirás; y porqué

desesperen tus discursos, quiero que sepas que ha sido el Demonio el dueño tuyo.

CIPRIANO: ¿Qué dices?

DEMONIO: Que yo lo soy.

CIPRIANO: ¡Con cuánto asombro te escucho!

DEMONIO: Para que veas, no sólo que esclavo eres, pero cuyo.

CIPRIANO: ¡Esclavo yo del Demonio! ¿Yo de un dueño tan injusto?

DEMONIO: Sí, que el alma me ofreciste, y es mía desde aquel punto.

CIPRIANO: ¿Luego no tengo esperanza, favor, amparo o seguro que tan gran delito pueda borrar?

DEMONIO: No.

CIPRIANO: Pues ya ¿qué dudo?

No ociosamente en mi mano esté aqueste acero agudo; pasándome el pecho, sea mi voluntario verdugo.

Mas ¿qué digo? Quien de ti librar a Justina pudo ¿a mí no podrá libramme?

DEMONIO: No, que es contra ti tu insulto; y Él no ampara los delitos, las virtudes sí.

CIPRIANO: Si es sumo su poder, el perdonar y el premiar será en Él uno.

DEMONIO: También lo será el premiar y el castigar, pues es justo.

CIPRIANO: Nadie castiga al rendido: yo lo estoy, pues le procuro.

DEMONIO: Eres mi esclavo, y no puedes ser de otro dueño.

CIPRIANO: Eso dudo.

DEMONIO: ¿Cómo, estando en mi poder la firma que con dibujos de tu sangre escrita tengo?

CIPRIANO: Él que es poder absoluto y no depende de otro vencerá mis infortunios.

DEMONIO: ¿De qué suerte?

CIPRIANO: Todo es vista, y verá el medio oportuno.

DEMONIO: Yo la tengo.

CIPRIANO: Todo es manos.

Él sabrá romper los nudos.

DEMONIO: Dejaréte yo primero entre mis brazos difunto.

Luchan

CIPRIANO: ¡Grande Dios de los cristianos!

A Ti en mis penas acudo.

Arrójale de sus brazos

DEMONIO: Ése te ha dado la vida.

CIPRIANO: Más me ha de dar, pues le busco.

Vase cada uno por su puerta, y salen el GOBERNADOR y

su GENTE, y FABIO haga relación sin barba

GOBERNADOR: ¿Cómo ha sido la prisión?

FABIO: Todos en su iglesia estaban escondidos, donde daban a su Dios adoración.

Llegué con armadas gentes, toda la casa cerqué, prendílos, y los llevé a cárceles diferentes; y el suceso, en fin, concluyo con decir que en esta ruina prendí a la hermosa Justina y a Lisandro, padre suyo.

GOBERNADOR: Pues si riquezas codicias, puestos, honores y más, ¿cómo esas nuevas me das,

Fabio, ¿sin pedirme albricias?

FABIO: Si así estimas mis sucesos, las que me has de dar no ignoro.

GOBERNADOR: Di.

FABIO: La libertad de Floro y Lelio, que tienes presos.

GOBERNADOR: Aunque yo con su castigo parece que escarmentar quise todo este lugar, si la verdad, Fabio, digo, otra es la causa por qué presos han vivido un año, y es que así de Lelio el daño como padre aseguré.

Floro, su competidor, tiene deudos poderosos; y estando los dos celosos y empeñados en su amor, temí que habían de volver otra vez a la cuestión; y hasta quitar la ocasión, no me quise resolver.

Con este intento buscaba algún color con que echar a Justina del lugar; pero nunca le topaba.

Y pues su virtud fingida no sólo ocasión me da hoy de desterrarla ya, mas de quitarla la vida.

No estén más presos; y así a sus prisiones irás, y con brevedad traerás a Lelio y a Floro aquí.

FABIO: Beso mil veces tus pies. ¡Qué merced tan peregrina!

Vase FLORO

GOBERNADOR: Ya está en mi poder Justina, presa y convencida; pues ¿qué espera mi rabia fiera, que ya en ella no ha vengado los enojos que me ha dado?

A sangrientas manos muera de un verdugo.

A un CRIADO

Vos, mirad

Que aquí la traigáis os mando hoy a la vergüenza dando escándalo a la ciudad; porque si en palacio está, nada a darla vida baste.

Salen FABIO, LELIO y FLORO

FABIO: Los dos por quien enviaste están a tus plantas ya.

LELIO: Yo, que al fin sólo deseo parecer tu hijo esta vez, no te miro como juez, con los temores

de reo, sino como padre airado, con los temores de hijo obediente.

FLOORO: Y yo colijo, viéndome de ti llamado, que es para darme, señor, castigos que no merezco.

Pero a tus plantas me ofrezco.

GOBERNADOR: Lelio, Floro, mi rigor justo con los dos ha sido, porque, si no os castigara, padre, no juez me mostrara.

Pero teniendo entendido que en los nobles no duró nunca el enojo, y que ya quitada la causa está, intento piadoso yo haceros amigos luego.

En muestras de la amistad aquí los brazos os dad.

LELIO: Yo el venturoso a ser luego en ser hoy de Floro amigo.

FLOORO: Y yo de que lo seré doy mano y palabra.

GOBERNADOR: En fe de eso a libraros me obligo, que si el desengaño toco que de vuestro amor tenéis, no dudo que lo seréis.

Dentro

DEMONIO: ¡Guarda el loco! ¡Guarda el loco!

GOBERNADOR: ¿Qué es esto?

LELIO: Yo lo iré a ver.

LELIO va a la puerta, y vuelve luego

GOBERNADOR: En palacio tanto ruido, ¿de qué puede haber nacido?

FLOORO: Gran causa debe de ser.

LELIO: Aqueste ruido, señor,

--escucha un raro suceso-- es Cipriano, que al cabo de tantos días ha vuelto loco y sin juicio a Antioquía.

FLOORO: Sin duda que de su ingenio la sutileza le tiene en aqueste estado puesto.

TODOS: ¡Guarda el loco, guarda el loco!

Salen TODOS, y CIPRIANO, medio desnudo

CIPRIANO: Nunca yo he estado más cuerdo; que vosotros sois los locos.

GOBERNADOR: Cipriano, pues, ¿qué es esto?

CIPRIANO: Gobernador de Antioquía, virrey del gran César Decio,

Floro y Lelio, de quien fui amigo tan verdadero, nobleza ilustre, gran plebe, estadme todos atentos; que por hablaros a todos juntos a palacio vengo.

Yo soy Cipriano; yo por mi estudio y por mi ingenio fui asombro de las escuelas, fui de las ciencias portento.

Lo que de todas saqué fue una duda, no saliendo jamás de una duda sola confuso mi entendimiento.

Vi a Justina, y en Justina ocupados mis afectos, dejé a la docta Minerva por la enamorada Venus.

De su virtud despedido, mantuve mis sentimientos hasta que, mi amor pasando de un extremo en otro extremo, a un huésped mío, que el mar le dio mis plantas por puerto, por Justina ofrecí el alma, porque me cautivó a un tiempo el amor con esperanzas, y con ciencias el ingenio.

De éste discípulo he sido, estas montañas viviendo, a cuya docta fatiga tanta admiración le

debo que puedo mudar los montes desde un asiento a otro asiento; y aunque puedo estos prodigios hoy ejecutar, no puedo atraer una hermosura a la voz de mi deseo.

La causa de no poder rendir este monstruo bello es que hay un Dios que la guarda, en cuyo conocimiento he venido a confesarle por el más sumo y inmenso.

El gran Dios de los cristianos es el que a voces confieso; que aunque es verdad que yo agora esclavo soy del infierno, y que con mi sangre misma hecha una cédula tengo, con mi sangre he de borrarla en el martirio que espero.

Si eres juez, si a los cristianos persigues duro y sangriento, yo lo soy; que un venerable anciano, en el monte mesmo, el carácter me imprimió que es su primer sacramento.

Ea, pues, ¿qué aguardas? Venga el verdugo, y de mi cuello la cabeza me divida, o con extraños tormentos acrisole mi constancia; que yo rendido y resuelto a padecer dos mil muertes estoy, porque a saber llego que, sin el gran Dios que busco, que adoro y que reverencio, las humanas glorias son polvo, humo, ceniza y viento.

Déjase CIPRIANO caerse boca abajo en el suelo

GOBERNADOR: Tan absorto, Cipriano, me deja tu atrevimiento que, imaginando castigos, a ninguno me resuelvo.

Pisándole

Levántate.

FLOORO: Desmayado, es una estatua de hielo.

Sacan presa a JUSTINA

CRIADO: Aquí está, señor, Justina.

GOBERNADOR: (Verla la cara no quiero.)

Aparte

Con ese vivo cadáver todos sola la dejemos; porque, cerrados los dos, quizá mudarán de intento, viéndose morir el uno al otro; o sañudo y fiero, si no adoraren mis dioses, morirán con mil tormentos.

Vase el GOBERNADOR

LELIO: Entre el amor y el espanto confuso voy y suspenso.

Vase LELIO

FLORO: Tanto tengo que sentir que no sé qué es lo que siento.

Vase FLORO

JUSTINA: ¿Todos os vais sin hablarme?

Cuando yo contenta vengo a morir, ¡aun no me dais muerte, porque la deseo!

Yendo tras ellos, ve a CIPRIANO

Mas sin duda es mi castigo, cerrada en este aposento, darme muerte dilatada, acompañada de un muerto, pues sólo un cadáver me hace compañía. ¡Oh tú, que al centro de donde saliste vuelves, dichoso tú, si te ha puesto en este estado la fe que adoro!

CIPRIANO: Monstruo soberbio, ¿qué aguardas que no desatas mi vida en...?

Vela CIPRIANO, y levántase ¡Válgame el cielo!

(¿No es Justina la que miro?) **Aparte**

JUSTINA: (¿No es Cipriano el que veo?)

Aparte

CIPRIANO: (Mas no es ella, que en el aire **Aparte** la finge mi pensamiento.)

JUSTINA: (Mas no es él: por divertirme, **Aparte** fantasmas me finge el viento.)

Recelándose uno de otro

CIPRIANO: Sombra de mi fantasía...

JUSTINA: Ilusión de mi deseo...

CIPRIANO: ...asombro de mis sentidos...

JUSTINA: ...horror de mis pensamientos...

CIPRIANO: ...¿qué me quieres?

JUSTINA: ...¿qué me quieres?

CIPRIANO: Ya no te llamo. ¿A qué efecto vienes?

JUSTINA: ¿A qué efecto tú me buscas? Ya en ti no pienso.

CIPRIANO: Yo no te busco, Justina.

JUSTINA: Ni yo a tu llamado vengo.

CIPRIANO: Pues ¿cómo estás aquí?

JUSTINA: Presa. ¿Y tú?

CIPRIANO: También estoy preso.

Pero tu virtud, Justina, dime, ¿qué delito ha hecho?

Cóbranse los dos

JUSTINA: No es delito, pues ha sido por el aborrecimiento de la fe de Cristo, a quien como a mi Dios reverencio.

CIPRIANO: Bien se lo debes, Justina; que tienes un Dios tan bueno que vela en defensa tuya.

Haz tú que escuche mis ruegos.

JUSTINA: Sí hará, si con fe le llamas.

CIPRIANO: Con ella le llamo; pero aunque de él no desconfío, mis extrañas culpas temo.

JUSTINA: Confía.

CIPRIANO: ¡Ay, qué inmensos son mis delitos!

JUSTINA: Más inmensos son sus favores.

CIPRIANO: ¿Habrá para mí perdón?

JUSTINA: Es cierto.

CIPRIANO: ¿Cómo, si el alma he entregado al demonio mismo en precio de tu hermosura?

JUSTINA: No tiene tantas estrellas el cielo, tantas arenas el mar, tantas centellas el fuego, tantos átomos el día, ni tantas plumas el viento, como Él perdona pecados.

CIPRIANO: Así, Justina, creo, y por Él daré mil vidas.

Pero la puerta han abierto

Saca FABIO a CLARÍN, MOSCÓN y LIVIA

FABIO: Entrad, que con vuestros amos aquí habéis de quedar presos.

Vase FABIO

LIVIA: Si ellos quieren ser cristianos, ¿acá qué culpa tenemos?

MOSCÓN: Mucha; que los que servimos harto gran delito hacemos.

CLARÍN: Huyendo del monte, vine de un riesgo a dar a otro riesgo.

Sale un CRIADO

CRIADO: A Justina y a Cipriano el gobernador Aurelio llama.

JUSTINA: ¡Dichosa seré si es para el fin que deseo! -

No te acobardes, Cipriano.

CIPRIANO: Fe, valor y ánimo tengo; que si de mi esclavitud la vida ha de ser el precio, quien el alma dio por ti, ¿qué hará en dar por Dios el cuerpo?

JUSTINA: Que en la muerte te querría dije; y pues a morir llevo contigo, Cipriano, ya cumplí mis ofrecimientos.

Vanse, y quedan los tres solos

MOSCÓN: ¡Qué contentos a morir se van!

LIVIA: Mucho más contentos los tres a vivir quedamos.

CLARÍN: No mucho; que falta un pleito que averiguar; y aunque aquésta no es ocasión, por si luego no hay lugar, no será justo que echemos a mal el tiempo.

MOSCÓN: ¿Qué pleito es ése?

CLARÍN: Yo he estado ausente...

LIVIA: Di.

CLARÍN: ...un año entero, y un año Moscón ha sido sin mi intermisión tu dueño; y a rata por cantidad, para que iguales estemos, otro año has de ser mía.

LIVIA: ¿Pues de mí presumes eso, que había de hacerte ofensa?

Los días lloraba enteros que me tocaba llorar.

MOSCÓN: Y yo soy testigo de ello; que el día que no era mío guardé a tu amistad respeto.

CLARÍN: Eso es falso, porque hoy no lloraba cuando dentro de su casa entré, y con ella estabas tú muy de asiento.

LIVIA: No era hoy día de plegaria.

CLARÍN: Sí era, que, si bien me acuerdo, el día que me ausenté era mío.

LIVIA: Ése fue yerro.

MOSCÓN: Ya sé en lo que el yerro ha estado.

Éste fue año de bisiesto y fueron pares los días.

CLARÍN: Yo me doy por satisfecho, porque no lo ha de apurar todo el hombre. Mas ¿qué es esto?

Suena gran ruido de tempestad, y salen TODOS, alborotados

LIVIA: La casa se viene abajo.

MOSCÓN: ¡Qué confusión! ¡Qué portento!

GOBERNADOR: Sin duda se ha desplomado la máquina de los cielos.

Durando la tempestad

FABIO: Apenas en el cadalso cortó el verdugo los cuellos de Cipriano y de Justina cuando hizo sentimiento toda la tierra.

LELIO: Una nube, de cuyo abrasado seno abortos horribles son los relámpagos y truenos, sobre nosotros cae.

FLORO: De ella un disforme monstruo horrendo en las escamadas conchas de una sierpe sale, y, puesto sobre el cadalso, parece que nos llama a su silencio.

Esto se haga como mejor pareciere. El cadalso se descubrirá con las cabezas y cuerpos, y el DEMONIO en alto, sobre una sierpe

DEMONIO: Oíd, mortales, oíd lo que me mandan los cielos que en defensa de Justina haga a todos manifiesto.

Yo fui quien, por difamar su virtud, formas fingiendo, su casa escalé, y entré hasta su mismo aposento; y porque nunca padezca su honesta fama desprecios, a restituir su honor de aquesta manera vengo.

Cipriano, que con ella yace en feliz monumento, fue mi esclavo; mas, borrando con la sangre de su cuello la cédula que me hizo, ha dejado en blanco el lienzo; y los dos, a mi pesar, a las esferas subiendo del sacro solio de Dios, viven en mejor imperio.

Ésta es la verdad, y yo la digo, porque Dios mismo me fuerza a que yo la diga, tan poco enseñado a hacerlo.

Cae velozmente, y húndese el DEMONIO

LELIO: ¡Qué asombro!

FLORO: ¡Qué confusión!

LIVIA: ¡Qué prodigio!

MOSCÓN: ¡Qué portento!

GOBERNADOR: Todos éstos son encantos que aqueste mágico ha hecho en su muerte.

FLOORO: Yo no sé si los dudo o si los creo.

LELIO: A mí me admira el pensarlos.

CLARÍN: Yo solamente resuelvo que, si él es mágico, ha sido el mágico de los cielos.

MOSCÓN: Pues dejando en pie la duda del bien partido amor nuestro a el mágico prodigioso pedid perdón de los yerros.

FIN DE LA COMEDIA